

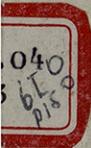
PUBLICACIONES DE LA COMISION NACIONAL DEL
SESQUICENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA DEL PERU

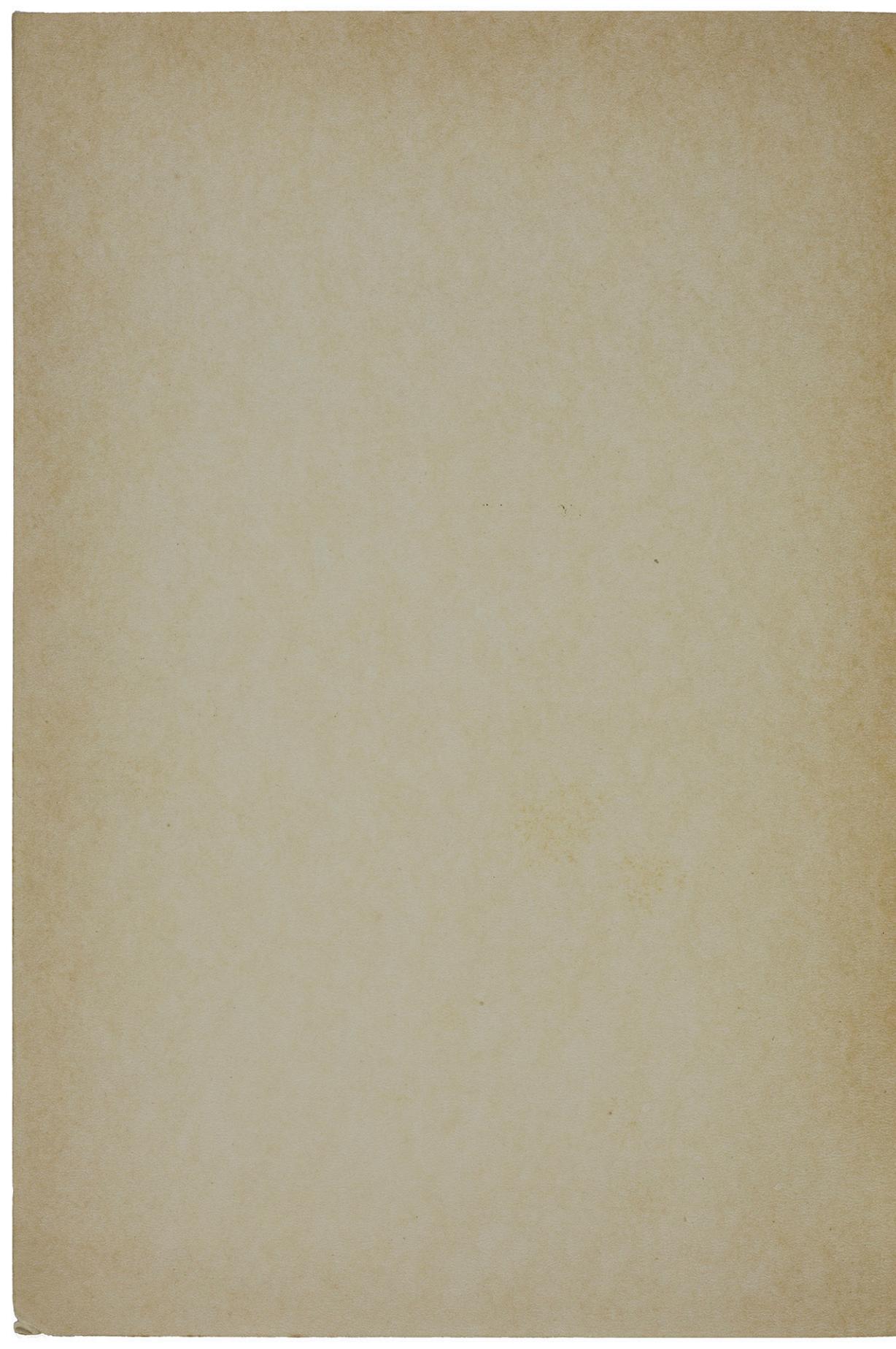
HUGO PEREYRA PLASENCIA

La Campaña Libertadora de Junín y Ayacucho

LIMA — PERU

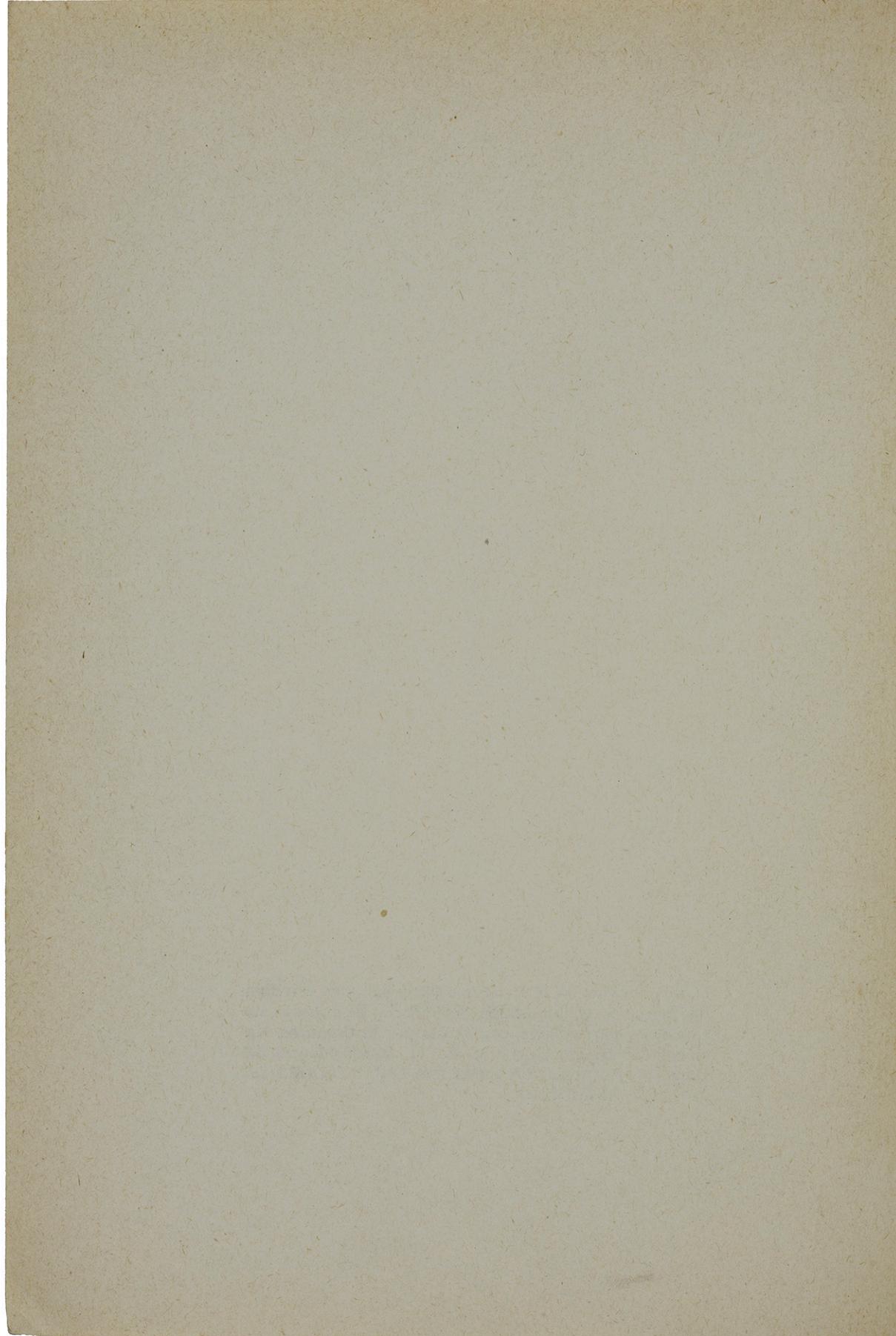
1975





"AÑO DE LA MUJER PERUANA"

Obra premiada en el Concurso Nacional para estudiantes peruanos de Educación Secundaria, de colegios nacionales y particulares, convocado por la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, sobre el tema: LA CAMPAÑA LIBERTADORA DE JUNIN Y AYACUCHO.



Ej. 3

PUBLICACIONES DE LA COMISION NACIONAL DEL
SESQUICENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA DEL PERU

HUGO PEREYRA PLASENCIA

La Campaña Libertadora de Junín y Ayacucho

LIMA — PERU

1975

SALA PERU

613882 (I 2000)

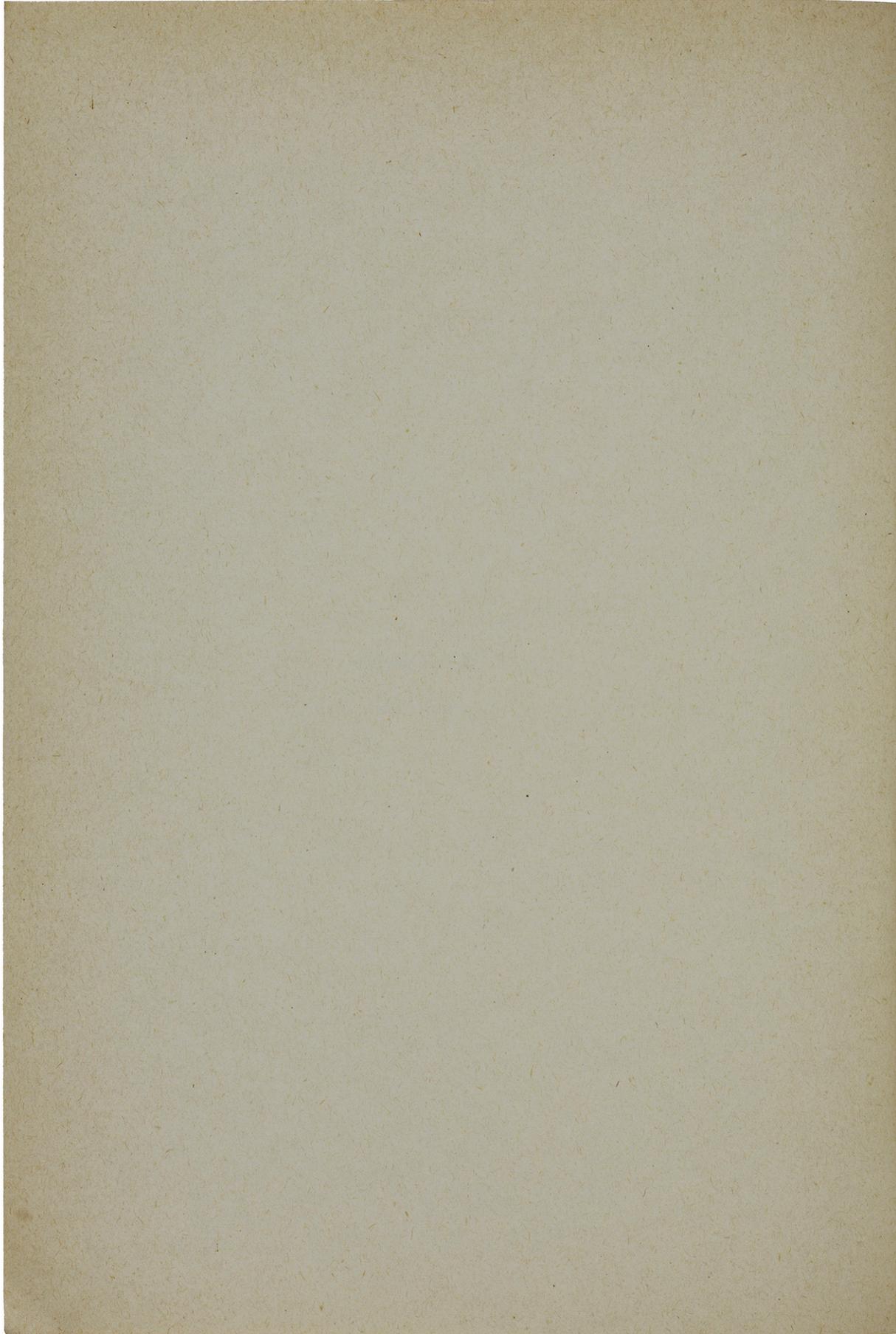


INDICE GENERAL

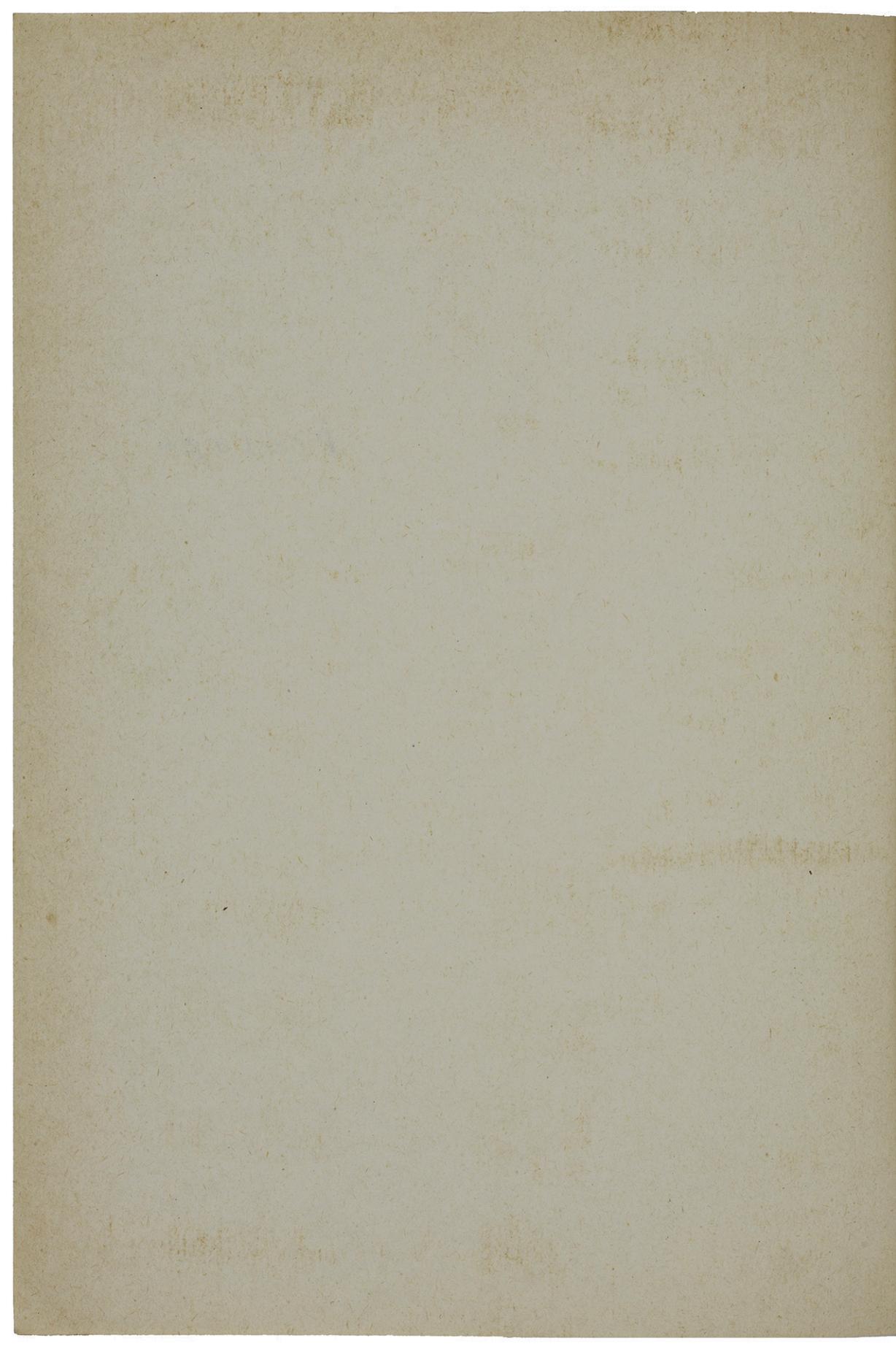
| | Págs. |
|--|-------|
| Prólogo | 11 |
| La situación previa | 17 |
| Situación de los realistas | 20 |
| “El tiempo de hacer milagros ha llegado” | 21 |
| Se abre la campaña | 30 |
| El terreno (Junín) | 40 |
| El choque en la “Llanura de los Rayos” | 43 |
| Consideraciones | 51 |
| La movilización hacia el sur | 59 |
| Los aprestos realistas | 61 |
| Los aprestos patriotas | 63 |
| Ofensiva realista y movimientos de Sucre | 64 |
| La acción de Corpahuaico | 66 |
| El campo de batalla | 67 |
| Los sucesos del 8 | 68 |
| La batalla de Ayacucho | 70 |
| Los aprestos en el campo patriota | 73 |
| La batalla | 78 |
| La Capitulación de Ayacucho | 84 |
| Consideraciones | 86 |
| DOCUMENTOS: | |
| 1.—Estado de la fuerza que tuvo el Ejército Real del Perú, el día 9 de diciembre de 1824, en Ayacucho | 97 |
| 2.—Relato de la prisión del Virrey La Serna, narrado por el ejecutor de ella, el sargento Pantaleón Barahona | 99 |
| 3.—La Capitulación de Ayacucho | 105 |
| BIBLIOGRAFIA | 111 |

D. C. 17131. Ed. Julián 1970 (3)

*A mis padres
y a mi abuela Isabel*



Prólogo



En el presente trabajo intentaremos reseñar ordenadamente la etapa culminante de la gesta emancipadora, comenzando con un esbozo de la situación en los primeros meses del año 1824 y una relación de la admirable actividad de Bolívar en la preparación de la campaña, para continuar luego con las operaciones de movilización y, finalmente, las epopeyas de Junín y de Ayacucho, con las cuales se selló a hierro y fuego, en forma definitiva, la preciosa libertad, obtenida con bizarría y valor, mediante continuos esfuerzos y a costa de grandes sufrimientos.

Relataremos, pues, los sucesos más importantes de aquel período de convulsiones, procurando darle al contenido una forma amena pues, a nuestro juicio, más importante que el frío relato de los sucesos militares es la cálida evocación de los hechos que hagan sentir, como si fueran presentes, los ideales que inspiraron a los insurgentes en la lucha por la consolidación de la independencia.

La época en que se desarrollaron estos acontecimientos, es una de las más hermosas de la Historia de América y de nuestra Patria.

Es la de aquellos días en que las naciones hispanoamericanas se alinearon en un sólido frente para expulsar a los opresores que se habían enseñoreado en nuestra tierra por cerca de tres siglos.

La magna tarea libertadora tuvo como epílogo una feliz victoria, tan concluyente que hizo exclamar emocionado al Libertador: "Peruanos: La paz ha sucedido a la guerra, la unión a la discordia, el orden a la anarquía y la dicha al infortunio; pero no olvidéis jamás, os ruego, que a los ínclitos vencedores de Ayacucho lo debeis todo".

*La Campaña Libertadora de Junín
y Ayacucho*

La situación previa.

A fines del año 1823, nuestra Patria atravesaba por un período verdaderamente crítico. Los desastres militares sufridos en las campañas a Intermedios y las continuas luchas internas, habían disminuído notablemente las posibilidades de un triunfo completo sobre los realistas. José de la Serna, Virrey encargado del mando a nombre de la Metrópoli, se hallaba a la cabeza de unos 18,000 hombres, posesionados de la mayor parte del territorio peruano.

Las Provincias Unidas del Río de la Plata y la República de Chile gozaban de cierta calma, después de las turbulentas luchas del período sanmartiniano. En el norte, Bolívar había logrado consolidar la independencia de la Gran Colombia y allí también se disfrutaba de alguna tranquilidad y sosiego. Pero si el Perú continuaba aprisionado por las cadenas del absolutismo, jamás se podría hablar de una independencia total y consumada. La venida del Libertador, del Norte, se hacía, pues, imprescindible.

Bolívar llegó a nuestro suelo en Setiembre del año 23, resuelto a librar aquí la más importante y definitiva de sus guerras.

El 10 de Setiembre, el Congreso Constituyente, depositó en Bolívar, Presidente de Colombia, la "suprema autoridad militar de todo el territorio de la República", bajo la denominación honorífica de Libertador. Este, pese a las restricciones políticas que su investidura le demandaba, aceptó el cargo y, a primeros días de Enero de 1824, entró a Pativilca en donde se estableció, dedicándose a activar la reorganización del ejército. En este pueblo, Bolívar cayó enfermo, aquejado por intensas fiebres.

El 5 de Febrero, el sargento Dámaso Moyano se sublevó en el Callao y apresó al general Rudecindo Alvarado, gobernador de la plaza. Moyano entabló negociaciones con algunos emisarios de Tagle, acordándose la entrega de algún dinero y de salvoconductos para él y para los otros cabecillas del motín. El gobierno se dispuso a realizar en cierta forma lo pactado, pero sucedió lo inesperado: Moyano, amenazado de muerte, entregó al mando de los castillos al coronel español José María Casariego, quien estaba en una mazmorra de dichas fortificaciones. El hispano, dueño absoluto de la situación, ordenó izar el pabellón del Rey el 10 de Febrero.

Cuando llegó a Pativilca la infausta noticia de la rebelión del Callao, Bolívar comprendió en el acto las graves repercusiones que podrían sobrevenir. Por ello, comunicó inmediatamente a Martínez, gobernador de Lima, la orden terminante de evacuar de la capital vestuarios, armamento y todo lo que pudiese servir al ejército. "Nada tiene U. S. que esperar del vecindario graciosamente —le decía— todo es necesario pedirlo y tomarlo por la fuerza: este medio, a la verdad, es duro; pero en la actualidad es indispensable" (Febrero 8) (1).

(1) Martínez se negó a cumplir esta orden y se presentó en Pativilca para solicitar su juzgamiento por la sublevación de los castillos, quedando exento de toda culpabilidad. Más tarde éste se marcharía a Chile junto con Raulet, Brandsen y otros.

Entretanto, Canterac, enterado de los sucesos del Callao, dispuso que Monet, al mando de una división, bajase desde Jauja hacia Lima, con la finalidad de secundar a los amotinados. Rodil, desde Ica, marchó también hacia la capital, no sin antes enviar por mar al comandante Isidro Alaix para que se posesionase definitivamente de los castillos. Las tropas de Rodil y las de Monet, confluyeron el 27 de Febrero en Lurín.

El día 10, en Lima, el Congreso en medida desesperada, nombró a Bolívar Dictador del Perú.

El Libertador aceptó el poder absoluto, pese a las repetidas advertencias en contra de algunos de sus colaboradores.

“Las circunstancias son horribles para nuestra patria: vosotros lo sabéis —exclamó Bolívar en aquella ocasión— pero no desesperéis de la República. Ella está expirando; pero no ha muerto aún”.

El 14 de Febrero, los Granaderos de los Andes se sublevaron en la tablada de Lurín y se dirigieron a los castillos para solidarizarse con las reclamaciones de sus compañeros. Allí se dieron con la sorpresa de ver que el pabellón español ondeaba en las gigantescas torres, circunstancia que dio lugar a que algunos de ellos desistieran de su propósito inicial.

El día 17, Necochea tomó la jefatura de la capital y dio inicio a la evacuación el día 24. Tres días después, este jefe abandonó la urbe al frente de 400 hombres.

El 29, las tropas realistas ingresaron a la capital en medio de un fúnebre silencio. En este momento terrible, muchos traicionaron a la Patria, contándose entre ellos Juan de Berindoaga y el mismo ex-presidente Tagle. El 6 de Marzo, éste último firmó un lamentable manifiesto que es el exponente más alto de su traición a la causa republicana.

En provincias, el teniente coronel Navajas y el comandante Juan Ezeta, que mandaban un escuadrón de lanceros, se sublevaron el

día 16 en Supé, apresando al coronel Ortega y al gobernador don Lucas Fonseca. En Abril, el coronel José Caparrós, que mandaba en Chancay una fuerza considerable, se puso también a órdenes de los realistas.

Por otro lado, el montonero Huavique sostuvo un encuentro relativamente desfavorable con un destacamento de Dragones de la Unión, al mando de don Manuel de la Canal.

Considerando los jefes realistas que la ocupación de la capital no era de gran importancia estratégica, Monet empezó el 1º de Marzo a disponerlo todo para el retorno a los acantonamientos de Jauja. El 18, una de sus columnas partió camino a Ica y la otra parte de su ejército marchó con él por la ruta de la quebrada de San Mateo (2).

Mateo Ramírez quedó al mando del destacamento de Lima. Rodil permaneció en el Callao como jefe de dicha guarnición. De allí no saldría sino hasta inicios del año 26.

Situación de los realistas.

En los primeros meses de 1824, el Virrey La Serna se encontraba en el Cuzco, tomando las disposiciones necesarias para iniciar cuanto antes las acciones sobre Bolívar.

Los realistas disponían de un total de 18,000 hombres, distribuidos de la siguiente manera:

(2) Se sabe que la división Monet llevaba a 135 prisioneros. En las inmediaciones del pueblo de San Mateo, se fugaron el capitán Pedro José Luna y el Mayor Juan Ramón Estomba. Protegieron el plan el mayor Pedro José Díaz y los oficiales Juan Antonio Prudán y Domingo Millán. Cuando Monet tuvo conocimiento del hecho, ordenó que se sortease a dos prisioneros para fusilarlos en compensación por lo sucedido. Prudán y Millán, en un acto de gran heroísmo, declararon haber sido los protectores de la fuga, dando pruebas que atestiguaban sus palabras. Al día siguiente, fueron ejecutados estos valientes, no sin antes expresar su deseo de que se vengase el crimen que en ellos se iba a cometer.

- 4,000 en el Alto Perú, al mando de Olañeta, con las guarniciones de Santa Cruz de la Sierra y Charcas.
- 3,000 en Puno y Arequipa, que constituían el Ejército del Sur, a órdenes de Valdés.
- 8,000 en el Ejército del Norte, establecido en Jauja, al mando del general Canterac.
- 1,000 en la guarnición del Cuzco, y
- 2,000 distribuidos en otras guarniciones.

Estas fuerzas mantenían una relativa tranquilidad y estabilidad en sus zonas de dominio. Sin embargo, el orden se vió turbado por la rebelión del general Pedro Antonio de Olañeta, quien se levantó contra el Virrey en los primeros meses de 1824. Este movimiento determinó que La Serna ordenara a Valdés que se desplazara al Alto Perú para tratar de someter a las fuerzas sediciosas. Así la acción del general rebelde, rompió el equilibrio de fuerzas, hasta entonces existente, creando una dispersión de efectivos nada conveniente para la causa del Rey.

Los realistas esperaban avanzar con 12,000 hombres sobre Trujillo, dejando en la retaguardia a las guarniciones del Alto Perú y a otras de menor importancia. Este ataque —según Valdés— hubiera sido muy provechoso, de haber contado con el apoyo de Olañeta. Sin esta ayuda, corrían el riesgo de ser sorprendidos por la retaguardia, dada la facilidad que tenían los insurgentes de movilizarse por el mar.

“El tiempo de hacer milagros ha llegado” (Bolívar).

Como antes habíamos referido, el Libertador se estableció en el norte desde fines del año 23, decidido a organizar un nuevo ejército suficientemente poderoso como para satisfacer todas sus aspiraciones. Esperaba, pues, batir al Virrey dentro de pocos meses. Su enfermedad, las traiciones y los problemas políticos y administrativos, frustraron por el momento estos deseos.

Cuando aún estaba convaleciente, llegó a visitarlo a su casa de Pativilca don Joaquín Mosquera, Ministro de Colombia.

“Hallele —dice— sentado en una silleta de baqueta, recostado contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco y sus pantalones de güen, que me dejaban ver sus dos rodillas puntiagudas, sus piernas descarnadas, su voz hueca y débil, su semblante cadavérico”. Entonces, Mosquera dió inicio al diálogo, diciendo: “¿Y qué piensa U. hacer ahora?”. “Triunfar”, fue la inmortal contestación del Libertador.

Entusiasmado Mosquera por lo interesante de la conversación, lo interrogó nuevamente: “¿Qué hace U. para triunfar?”. Con voz firme y segura, Bolívar le respondió: “Tengo dadas órdenes para levantar una fuerte caballería en el departamento de Trujillo; he mandado fabricar herraduras, en Cuenca, en Guayaquil y Trujillo; he ordenado que se tomen para el servicio militar todos los caballos buenos del país; y he embargado todos los alfalfares para mantenerlos gordos. Luego que recupere mis fuerzas, me iré a Trujillo. Si los españoles bajan de la cordillera a buscarme, infaliblemente los derroto con la caballería. Si no bajan, dentro de tres meses tendré una fuerza para atacar; subiré la cordillera y derrotaré a los españoles que están en Jauja” (3).

El 9 de Enero, Bolívar renunció por quinta vez a la presidencia de Colombia, a fin de poder concentrar sus esfuerzos en la preparación de la campaña.

Por decreto del 26 de Enero, dispuso levass y reclutamientos en las regiones que actualmente constituyen los departamentos de Cajamarca, Amazonas, San Martín, Piura, Tumbes, La Libertad, Lambayeque y Huánuco. En algunos lugares, se ordenó que se reclutaran a todos los individuos aptos para el servicio, “desde la edad de doce años hasta la de cuarenta”. En el mes de Febrero, el Libertador expidió un segundo decreto, en el cual se indicó el número

(3) Mariano Felipe Paz Soldán. Historia del Perú Independiente. Tomo primero (Segundo Periodo) Cap. XVIII. Pág. 247.

de hombres que debía proporcionar cada región. Así, a Trujillo le correspondió 300 reclutas; a Lambayeque, 876; a Piura, 1,104; a Cajamarca y Chota, 1,560; a Huamachuco, 960; a Pataz, 324; y a Chachapoyas 624. En total unos 5,500 hombres, muchos de los cuales pasaron a formar parte de los batallones colombianos (4).

Con la intención de acostumbrar a los soldados a marchas fatigosas y a los abruptos caminos de la sierra, Bolívar dispuso que se hicieran caminatas de diez leguas diarias. El 9 de Febrero, "hizo fusilar en Churín al soldado Manuel Aguirre por haber abandonado las filas". "A los ladrones del camino se les hacía rezar un credo y se les pegaba cuatro tiros. El desertor tenía que ser reemplazado por su hermano, primo o deudo, y por falta de parientes, por dos de su pueblo. El vestido y el armamento del desertor los pagaba la familia o el vecindario, a prorrata fijada por el juez del lugar" (5).

Por aquellos días, el Libertador le escribió a La Mar: "...pero necesitamos, querido general, hacernos sordos al clamor de todo el mundo; porque la guerra se alimenta del despotismo, y no se hace por el amor de Dios, no ahorre Ud. nada por hacer, despliegue Ud. su carácter terrible, inexorable. Discipline Ud. la fuerza de su mando, así de caballería como de infantería". "... cada pueblo, cada hombre sirve para alguna cosa: pongamos todo en acción para defender a este Perú hasta con los dientes. En fin, que una paja no quede inútil en toda la extensión del territorio libre" (6).

En Trujillo, Bolívar se dedicó a extraer todo lo que pudiese servir al ejército. Las iglesias fueron saquadas, dejándose sólo lo fundamental para la celebración del culto. Todos los cueros, bayetas, metales, ropa, grano y demás víveres fueron tomados manu militari, dejándo a muchos en la miseria. Se realizaron allanamientos nocturnos, a fin de sorprender a los habitantes mientras dormían, para impedirles que ocultasen sus bienes.

(4) Rubén Vargas Ugarte. Historia General del Perú. Tomo VI. Cap. XII. Pág. 333.

(5) Nemesio Vargas. Historia del Perú Independiente. Tomo II. Cap. XXIV. Pág. 193.

(6) Vicente Lecuna. Cartas del Libertador. Volumen I. Pág. 911 y s.

La vestimenta del ejército era por entonces muy deficiente. Cierta vez, Sucre, hablando de una revista efectuada al batallón Voltijeros, le escribió al secretario del Libertador: "Se ha encontrado a Voltijeros su vestuario muy deteriorado; las casacas apenas resistirán dos meses a lo sumo; no tienen más que una camisa y mal, por plaza; la ropa blanca está tan destruída que los comandantes la dieron de baja en el último estado y, en fin, necesitan de ser reparados de todo. La recluta que se hace está completa, pero absolutamente desnuda. Faltan también ollas de rancho, hachuelas, baquetones, subemuelles y hachas y cuchillos para las compañías. Lo mismo que Voltijeros está Pichincha y debe estar Vencedor" (7).

Se sabe que Bolívar tenía una marcada preferencia hacia sus colombianos y no justipreciaba debidamente a los peruanos. Así lo demuestran sus cartas y disposiciones. Ello dió lugar a diferencias de trato, que originaron algunos altercados, como el que hubo entre los Coraceros del Perú y los Húsares de Colombia, en Diciembre del año 23. Los juicios que emitía Bolívar respecto a los peruanos, no siempre eran los adecuados. Aunque ello no es justificable se puede, en cambio, buscar una explicación en el hecho de que sus labores eran sumamente recargadas y muy grandes sus responsabilidades, lo cual daba lugar a que el menor incidente le produjera un arrebató de ira, que muchas veces desahogaba por escrito.

Pero en lo que sí demostró gran injusticia, fue en el trato que dió a nuestros jinetes. El 22 de Diciembre de 1823, desde Trujillo, Bolívar le dijo a Sucre que "había allí un regimiento de caballería peruana muy hermoso, que tenía mil caballos magníficos". Pocas semanas más tarde, su juicio respecto a la caballería peruana cambió radicalmente al decirle a O'Leary: "La caballería colombiana es invencible. La realista buena, aunque inferior a la de Colombia y Buenos Aires. La peruana inferior a la realista". Bolívar cometió la arbitrariedad de incorporar aquellos mil caballos de los peruanos a los escuadrones colombianos, asignando a los jinetes de nuestro país algunos cientos de caballos costeños, ridículos por su estatura y casi inservibles para los parajes serranos. Lejos estaría

(7) Rubén Vargas Ugarte, Ob. cit. Cap. XII. Pág. 327.

de imaginarse Bolívar que esta mal montada caballería peruana sería el factor determinante de la victoria de Junín.

Bolívar elevó los derechos de aduana y de las mercaderías. Reprimió duramente el contrabando. Los sueldos sin servicios fueron reducidos a la mitad. Organizó las rentas y mejoró notablemente la extracción del oro y la plata. Organizó, asimismo, la Corte Suprema de Trujillo y la Contaduría Mayor Provisional. Elevó a Cangallo al rango de ciudad y exoneró de gravámenes por diez años a los pueblos quemados por los realistas. José Faustino Sánchez Carrión, fue puesto a la cabeza de la Secretaría General, que era un organismo que agrupaba a los tres ministerios de aquella época.

Desde los primeros meses de 1824, el Libertador procuró obtener los fondos necesarios para la manutención del ejército. El 18 de Febrero, se decretó una contribución general de los pueblos de la intendencia de Trujillo, con la finalidad de reunir 300,000 pesos para la caja militar, y cien mil pesos mensuales para los otros gastos del ejército. Indudablemente, la Iglesia fue la más afectada en este aspecto.

“Las sumas que se recabaron no fueron pequeñas. Unos cuantos datos bastarán a demostrarlo. De la provincia de Chota extrajo el coronel José María Egúsqüiza, 3,200 marcos de plata, 73 onzas de oro, 3 onzas de perlas y algunos diamantes. Regulando cada marco a 8 pesos, la plata sola produjo 25,600 pesos y si a ello se añade el valor del oro y de las piedras, la suma total pasaba de 30,000. De una sola iglesia de Trujillo se sacó en plata labrada y oro 20,000 pesos. De las iglesias de Piura: la Matriz, el Carmen, la Merced y Belén, en tres requisas sucesivas, se sacó cuanto había de algún valor y sólo la plata produjo más de 22,000 pesos, sin contar los castellanos de oro y la pedrería. En la razón que el gobernador Checa envió a Trujillo el 28 de Febrero de 1824, se anotaron las cantidades que suministraron las iglesias de la provincia hasta aquella fecha y sólo Catacaos dió 277 marcos, Sechura, 116; y Colán, 306. A los curas de esta jurisdicción se impusieron varios cupos: en 1823 los curas de Catacaos, Huancabamba, Ayabaca y Piura tuvieron que contribuir con 500 pesos cada uno y el de Chalaco con 300. En 1824 los curas de Piura erogaron 5,775 pesos. Por todo lo dicho

puede asegurarse que la contribución de las iglesias de este departamento pasó de 100,000 pesos, suma muy elevada para aquel entonces.

De Trujillo podemos decir otro tanto, pues de sólo la ciudad se obtuvo en plata labrada más de 50,000 pesos. En la costa de la provincia de Huaylas y en el Callejón, no obstante ser estas iglesias más pobres que las de Trujillo, Cajamarca o Piura, se sacó también mucha plata, de modo que resumiendo Bolívar a grandes rasgos, lo colectado, decía a Sucre el 9 de Abril: "Lara está en Huamachuco, disponiéndolo todo y sacando dinero: 30,000 pesos Huamachuco y 20,000 Pataz. Esto (Trujillo) ha dado 60,000 pesos; Cajamarca dará 50,000; otro tanto Lambayeque y Piura, 20,000; las iglesias, 300 mil pesos" (8).

A principios de Marzo, Bolívar declaró a Trujillo capital provisional de la República, estableciéndose allí por algún tiempo. El 11 de Abril salió al interior para inspeccionar personalmente los trabajos de equipamiento y el entrenamiento de las tropas. En estos días, estableció su cuartel general en Huaraz.

Durante Mayo y Junio, Bolívar visitó al general Lara, llegado recientemente de Colombia y quien se hallaba establecido en Huamachuco. El Libertador estuvo también en Cajatambo, donde se encontraba acantonado el Ejército del Perú, al mando de La Mar.

El Libertador solicitó repetidas veces ayuda a Chile, pero casi sin resultados. Sólo se incorporaron al ejército unos 300 soldados de aquel país, al mando del coronel Aldunate, que llegaron a bordo de La Minerva. Asimismo, Buenos Aires se negó a enviar buques para combatir a la renaciente escuadra realista. Sólo Colombia respondió al llamado de su Libertador. El 11 de Mayo, el Congreso de dicho país autorizó al poder ejecutivo para que auxiliara al Perú. Así, el 22 de Mayo, el coronel Figueredo arribó a Huanchaco y cinco días después hacía lo mismo Córdova en Pacasmayo. Con es-

(8) Rubén Vargas Ugarte. Ob. cit. Cap. XII. Pág. 329.

tos contingentes se formó una división, que fue puesta a órdenes de éste último (9).

El 3 de Julio, arribó el batallón Zulia, a órdenes del coronel Castro, con 933 hombres, 37 dragones de Venezuela y una columna procedente de Pasto. Se incorporaron al ejército el 3 de Agosto, en Jauja.

Bolívar organizó un verdadero servicio de aprovisionamiento para el ejército. Se ordenaron aportes colectivos por regiones:

- Lambayeque y Piura: calzado para los soldados.
- Huamachuco: vestidos y monturas.
- Trujillo: jabones, aceite, lienzos y tocuyos para las camisas.
- Cajamarca: cordellate y bayetas para los pantalones.
- Chota, Jaén y Chachapoyas: lana y cueros (10).

El Libertador dirigió asimismo, la creación de talleres de carpintería, talabartería, herrería, tintorería, etc.

“La presentación de las tropas era magnífica: las telas para los abigarrados uniformes que se usaban en estos tiempos, se habían conseguido en el país y se llegó, según escribe Sucre al Libertador desde Yungay, a transformar las bayetas y castillas, por un procedimiento especial, en telas unidas que tenían la consistencia y aspecto del mejor paño; los morriones confeccionados en Trujillo bajo la vigilancia de Bolívar, que puso en esa ciudad contribuciones en trabajo a los habitantes, tenían igualmente la mejor presentación; fornituras y corraje, se tenía en depósito con exceso. Las

(9) En Marzo y Mayo del año anterior, llegaron al Perú unos 4,500 hombres, distribuidos en los batallones Boyacá, Voltígeros, Pichincha, Rifles y Bogotá y en tres escuadrones de caballería. En Diciembre de dicho año, desembarcó el coronel O'Connor en Supe, al frente de 362 hombres del batallón Istmo.

(10) Jorge Basadre. Historia de la República del Perú. Tomo I. Pág. 88.

armas traídas de Colombia, en su mayor parte inglesas, eran perfectas, así como las que el Libertador encontró al servicio de los cuerpos peruanos y de las tropas que trajo San Martín; se procedió a su reparación y a la fabricación de cartuchos" (11).

Bolívar, como los grandes caudillos de la Humanidad, se preocupó en los detalles más insignificantes en las labores de equipamiento. En una carta a La Mar, con fecha 7 de Mayo, en Huamachuco, dió el siguiente modelo para las herraduras: "primero, para las herraduras españolas debe tener fuera de la cabeza dos pulgadas por lo menos clavando en la herradura; la cabeza debe ser muy fuerte para que sufra en este lugar de la herradura todo el uso exterior que, como más elevada, debe chocar más con las piedras y el terreno; segundo, para las herraduras inglesas debe tener el clavo dos pulgadas, pero más fino en todo, para que quede embutida la mayor parte de la cabeza adentro de la herradura, en un pequeño canal que tiene esta herradura; debe ser de hierro dulce de Vizcaya, y para experimentarlo deben torcerlo y doblarlo, pues si se quiebra no vale nada" (12).

Daniel Florencio O'Leary, en su obra *Junín y Ayacucho*, narra uno de estos interesantísimos pasajes de su gran actividad como organizador:

"Parecían increíbles los arbitrios de que se valía para suplir la falta de materiales que se necesitaban en la construcción de algunos objetos; para hacer las cantinas, por ejemplo, hizo recoger todos los artículos de hoja de lata y las jaulas de alambre en muchas leguas a la redonda. Faltaba el estaño para soldarlas; pero aconteció que un día, al levantarse de su asiento, se rasgó el pantalón con un clavo, examinolo al instante y resultó ser del metal de que había menester. Demás está decir que al día siguiente no quedó en ninguna casa de Trujillo, ni en las iglesias, una sola silla con clavos de estaño.

(11) Carlos Dellepiane. *Historia Militar del Perú*. Tomo I. Cap. X. Pág. 198 y s.

(12) Vicente Lecuna. *Ob. cit.* Volumen I. Pág. 965.

El mismo enseñaba a hacer las herraduras y los clavos y cómo se debían mezclar las diferentes clases de hierro. Daba el molde para el corte de las chaquetas, a fin de economizar tela y daba instrucciones para teñirlas" (13).

Mientras todo esto ocurría, Sucre visitó tres veces consecutivas los territorios en que se iban a efectuar las operaciones. Levantó planos y croquis, estableciendo también las posibilidades del terreno en cuanto a forrajes, leña, víveres, etc.

La actuación de los montoneros fue de gran importancia. Su jefe, el coronel Francisco de Paula Otero, había permanecido desde el 23 de Noviembre del año anterior, reconociendo la zona y efectuando labores de espionaje. Es necesario mencionar también a los coroneles Vidal y Guzmán, en Yauli; al Coronel Ninavilca, en Huarochirí; al Mayor Suárez, en Canta; y al comandante Fresco, en Reyes. Fray Bruno Terreros y Huavique actuaban en la costa sur de Lima, y después lo hicieron en Yauli.

O'Connor y el coronel de ingenieros Clemente Althaus (alemán), se dedicaron también a labores de reconocimiento.

A mediados de Abril, ya se tenía noticias del inicio de la insubordinación de Olañeta en el Alto Perú. Estos hechos movieron al Libertador a convocar una junta de guerra en su alojamiento de Huamachuco. Allí, muchos jefes planteron la posibilidad de abrir campaña por la costa para tomar los castillos del Callao e iniciar la ofensiva por el centro. Bolívar rechazó este plan, alegando que la ocupación de la costa del centro no traería ninguna ventaja, porque la toma de los castillos sería muy costosa. Por lo demás, los colombianos ya estaban adaptados a marchar por la sierra. Se acordó así, efectuar un ataque directo hacia el Cerro de Pasco y batir al agrupamiento más cercano, que no podría ser socorrido en razón de las luchas internas surgidas entre los virreinales. Sucre no estuvo presente en la reunión, pero a su llegada, dos días después, aceptó el plan de operaciones que se había preparado.

(13) Daniel Florencio O'Leary. Junín y Ayacucho. Pág. 113.

Poco antes de iniciarse la marcha al Cerro de Pasco, los jefes del ejército insurgente eran los siguientes:

Sucre era el segundo de Bolívar y General en Jefe, en su ausencia. Lara y Córdova se hallaban al mando de las dos divisiones colombianas. La Mar estaba a cargo de la división peruana. Era jefe del estado mayor de las tropas colombianas, el irlandés O'Connor y de las peruanas, el general Santa Cruz. Aldunate fue nombrado jefe del estado mayor general y Gamarra Jefe de itinerario, por sus conocimientos del terreno. Miller dirigía la caballería peruana, Carvajal la colombiana y Bruix la argentina. El mando general de la caballería la tuvo Necochea. Trinidad Morán, que estaba de comandante general de Piura, fue llamado a tomar el mando del batallón Vargas.

En los últimos días de Mayo, el ejército patriota estaba acantonado en dos grandes agrupamientos:

—El agrupamiento norte, en la región de Cajamarca-Huamachuco, estaba constituido por la división de La Mar. Se encontraban aquí los batallones Legión, N° 1, N° 2, N° 3; las seis piezas de artillería y el regimiento de Húsares del Perú.

—El agrupamiento sur, situado a lo largo del Callejón de Huaylas hasta Cajatambo, estaba formado por las divisiones colombianas, al mando de los generales Lara y Córdova. La distribución de estos cuerpos era la siguiente: en Huaylas, el batallón Vencedor; en Caraz, el Rifles; en Aquia, el batallón Vargas; en Chiquián, el Voltijeros y el Pichincha; en Huari, el batallón Bogotá; en Caraz, los Húsares de Colombia y los Granaderos de los Andes; en Yungay, los Granaderos de Colombia.

Se abre la campaña.

En los meses de Junio y Julio, el Ejército Libertador inició la marcha hacia el Cerro de Pasco, de la manera que sigue:

“La División Peruana marchó por Huaylas y Huaraz, atravesan-

do la cordillera por Chavín de Huantar, para dirigirse por Lauricocha a la región ya mencionada (Cerro de Pasco).

Los batallones colombianos se dirigieron sobre Caina: Vencedor y Rifles, por Chavín, Huallanca y Baños; Pichincha, Voltijeros y Vargas, por la provincia de Cajatambo. De Caina continuaron sobre Tupac, Yacán, Chango, Chacayán, Vilcabamba, Yanahuanca en el valle de Huácar, que alcanzaron entre el 14 y 16 de Julio de 1824, para continuar la marcha, ya reunidos, hacia el Cerro de Pasco.

El Batallón Bogotá, con el escuadrón irregular Lanceros de la Victoria, enviado a Huari desde el 4 de Febrero por orden de Bolívar, se dirigió de este lugar hacia Huánuco para de ahí remontar el valle de este nombre y seguir por Huácar el itinerario de los demás batallones.

Toda la caballería patriota marchó por el Callejón de Huaylas hasta Pachacoto, para continuar en seguida por el itinerario de los batallones Voltijeros y Pichincha.

Finalmente, el batallón Caracas, desembarcado en Santa a fines de Junio, se encaminó por Huaylas, Huaraz, Chavín para reunirse al ejército patriota" (14).

Durante las primeras semanas, el cruce de la cordillera se realizó casi sin inconvenientes. Los habitantes de los pueblos de la región se comportaron muy generosamente. En la segunda etapa de la marcha, el camino se tornó más áspero. Comenzaron a hacerse frecuentes los estrechos pasos y los azotes del clima, extremadamente frío. Para evitar los extravíos durante las caminatas, los cuerpos se enlazaban por medio de toques de corneta, que eran contestados por un "¡siguiendo vamos!" o por un disparo.

"Bolívar, a caballo y enfermo, emprendía una vez más el paso de la cordillera. Durante esta marcha le escribió a Santander: "En medio de los Andes, respirando un aire mefítico que llaman soro-

(14) Carlos Dellepiane. Ob. cit. Cap. X. Pág. 204.

che y sobre las nieves y al lado de las vicuñas, escribo a usted esta carta que deberá estar helada, si un cóndor no se la lleva y la hace calentar al sol" (15).

Después de nombrar a Miller jefe de los montoneros de la región, el Libertador salió de Huaraz con su E. M. en dirección a Huánuco. Allí se estableció desde el día 24 para esperar la llegada de las tropas.

Mientras los patriotas se aproximaban al sur, Otero y Miller reconocían intensamente las pampas de Bombón y de Junín. Por aquellos días, este último ocupó Reyes, en donde asumió el mando de 1,500 montoneros de caballería y de infantería. Miller narra en sus memorias, el episodio de la singular revista que tuvo efecto en aquella modesta población andina:

"Unos estaban montados en mulas, otros en caballos, algunos llevaban gorros de piel de oso, otros cascos, otros morriones, y muchos tenían sombreros gachos de lana de vicuña; algunos tenían plumas, pero la mayor parte no llevaba plumaje. Sus trajes no eran menos variados; chaquetas de húsar, casacas de infantería y pellizas encarnadas, quitadas a los realistas muertos, estaban entremezclados con los uniformes patriotas. A esto deben añadirse pantalones de mameluco, otros ajustados, con campana y cuchillos corridos de piel, calzones cortos, sandalias, y sin zapatos, pero todos estaban uniformados de alguna prenda. Cada individuo tenía un poncho, que llevaba en forma usual o liado alrededor de la cintura en forma de faja, o colgado fantásticamente sobre el hombro; tampoco había ninguno que dejase de llevar su lazo. Sus armas tenían la misma diversidad; fusiles, carabinas, pistolas, espadas, bayonetas, sables, grandes cuchillos y lanzas o picas eran las armas con que el azar había armado ya a uno, ya a otro de ellos, pero los cuales manejaban en el combate con terrible efecto. El comandante de ellos, el capitán (...) que había sido nombrado en consideración a sus particulares hazañas, iba armado con una pistola, una carabina y una larga espada recta, que había quitado a un coronel español, a

(15) Emil Ludwig. Obras Completas. Bolívar. Tomo IV. Pág. 242.

quien mató en combate singular, y llevaban una chaqueta de un trompeta, llena de arrumacos, y un poncho semejante al de los oficiales. Cuando Miller se les acercó, se adelantó el capitán a recibirle, y le saludó marcialmente con su toledana. Miller entonces, contestó cortésmente y pasó a caballo por frente a la línea, y después de haber sobrepasado la última hilera, le sorprendió el zumbido de las balas de la salva que hicieron todos los que tenían armas de fuego; los cuales, no teniendo cartuchos sin bala, no escrupulizaron en disparar con ellas para hacer su saludo" (16).

Concluída la revista, Miller salió de Reyes para inspeccionar los pueblos aledaños. En estas continuas andanzas, el inglés dirigió el 21 de Julio, una carta a su amigo Thomas, en uno de cuyos párrafos se lee:

"Los nativos de por aquí son decididos patriotas. Aquellos que viven en medio del enemigo son aún más entusiastas por la causa" (17).

En los primeros días de Julio, Bolívar dispuso la movilización de las tropas hacia el Cerro de Pasco, antiguo asiento minero que, en aquel entonces, aún formaba parte de la provincia de Tarma. A fines de dicho mes, los cuerpos fueron arribando al Cerro en dos grandes grupos: uno por la vía de Huariaca y el otro en dirección a Rancas, por una quebrada situada entre Cayna y Yanahuanca.

El 1º de Agosto, la concentración concluyó, estableciéndose el ejército en la zona de Quillacocha, Rancas y Sacramento, lugar cerca del cual Juan Antonio Alvarez de Arenales derrotó al brigadier O'Reilly, el 6 de Diciembre de 1820.

En este mismo día, el Libertador pasó revista a sus colombianos y, a la mañana siguiente, al ejército en pleno que, reunido en

(16) Fragmento encontrado en la revista N° 17 del Centro de Estudios Histórico-Militares. Acción de los Guerrilleros Peruanos en la Campaña de 1824. Pág. 12.

(17) Virgilio Roel. Los Libertadores. Pág. 286.

la pampa del Sacramento, presentaba un aspecto impresionante. El ejército habíase formado "extendiendo su línea de batalla de Nor-Este a Sur-Oeste, cerca de la hacienda de la Sacra Familia a la de Concepción" (18). Aquellos soldados de la libertad, como se los llamaba en aquellos días, eran hombres provenientes de la mayor parte de la América Hispana: había desde panameños hasta hijos de Chile, procedentes de los dos extremos de las tierras en las que, tanto San Martín como Bolívar, habían dejado sentir su influencia.

La división de vanguardia, al mando de José María Córdova, se situó a la derecha de la línea. Esta se hallaba constituida de la siguiente manera:

Infantería: Batallones Caracas, Pichincha, Voltijeros (19) y Bogotá.

Caballería: Granaderos de Colombia (2 escuadrones), Granaderos de los Andes (1 escuadrón), Húsares del Perú (1 escuadrón).

La división peruana, dirigida por el Mariscal La Mar, se colocó al centro. Hallábase constituida del siguiente modo:

Infantería: Batallones Legión Peruana de la Guardia, N° 1, N° 2 y N° 3.

Caballería: Húsares del Perú (2 escuadrones).

Artillería: Seis piezas con su debida dotación.

La primera división colombiana, comandada por el General Jacinto Lara, se colocó a la izquierda de la formación. Estaba integrada en la siguiente forma:

(18) Manuel Antonio López. Recuerdos Históricos. Pág. 170.

(19) Ex batallón Numancia, pasado a las filas patriotas en Diciembre de 1820, durante la estancia de San Martín en Huaura.

Infantería: Batallones Rifles, Vencedor y Vargas.

Caballería: Húsares de Colombia (3 escuadrones) (20).

Manuel Antonio López, testigo presencial de los hechos, narra la escena de la revista con brillantez.

“El Libertador se presentó acompañado de los generales Sucre, La Mar, Santa Cruz y Gamarra, y fue recibido con vivas y demostraciones de júbilo y entusiasmo. El sol de la mañana era templado: las encumbradas crestas de los Andes cubiertas de nieve perpétua desprendían rayos luminosos de colores varios e indefinidos como los del iris, que se reflejaban sobre las armas de los soldados, dándoles el aspecto ideal de legiones osiánicas; las bandadas y las músicas hicieron vibrar el aire con sus marciales ecos inflamando el pecho de aquellos soldados de la libertad”.

La Mar y Sucre solicitaron al Libertador el permiso para ponerse al frente de sus tropas. Bolívar recorrió el ejército en medio de la algarabía y el júbilo reinante. Terminada la inspección, los cuerpos se pegaron en columna cerrada (21).

| | |
|-----------------------------|-------------------------|
| (20) Infantería colombiana: | 4111 plazas |
| Caballería colombiana: | 615 plazas |
| Caballería argentina: | 85 plazas |
| TOTAL: | 4811 plazas |
| Infantería peruana: | 2890 plazas |
| Caballería peruana: | 350 plazas |
| TOTAL: | 3240 plazas |
| Total General: | 8051 soldados de línea. |

Estos datos, consignados por nuestro prócer Cortegana, figuran en la obra de José Manuel Valega, *La Gesta Emancipadora del Perú*. Tomo 6. Pág. 69.

(21) Manuel Antonio López. *Recuerdos Históricos*. Pag. 170 y s.

El genial caraqueño se colocó entonces al centro de sus bravos y lanzó su inmortal proclama que es, quizás, la más bella y sin duda la más conocida de las que pronunció en nuestro suelo:

“¡Soldados, vais a completar la obra más grande que el cielo ha encargado a los hombres: la de salvar a un mundo entero de la esclavitud!

“¡Soldados, los enemigos que debéis destruir se jactan de catorce años de triunfos; ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates!

“¡Soldados, el Perú y la América toda aguarda de vosotros la paz, hija de la victoria, y aún la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo. ¿La burlaréis? No, no, no. Vosotros sois invencibles!” (22).

Cuando el Libertador hubo acabado de pronunciar aquellas hermosas palabras, se le acercaron los generales y jefes para informarle acerca de la revista y para solicitar su opinión al respecto. Este les respondió:

“Contando con los vencedores de Boyacá, Carabobo, Bomboná y Pichincha, y aún más, con el brillante ejército peruano y sus aliados, con sus valientes generales y jefes, ya no es posible que

(22) Nos hemos ajustado a la versión de la proclama redactada por Bolívar el 29 de julio en Pasco, la cual aparece consignada en la Historia General del Perú de Rubén Vargas Ugarte, Tomo VI, pág. 337. Esta misma versión aparece en un antiguo impreso que se reproduce en la contratapa del libro Documentos Inéditos sobre la Campaña de la Independencia del Perú. Algunos historiadores presentan otras versiones de esta proclama, que difieren en la forma, más no en lo sustancial. Así, por ejemplo, la versión presentada por nosotros dice “... vais a completar la obra más grande que el cielo *ha encargado* a los hombres: la de *salvar a un mundo* entero de la esclavitud”. Otra versión, dice. “...vais a completar la obra más grande que el cielo ha *podido* *encargar* a los hombres: la de *salvar un mundo* entero de la esclavitud”.

vacile en presentar una batalla. Aunque contáramos con menor fuerza, estoy seguro de que alcanzaríamos la victoria, porque un soldado republicano que tiene conciencia de su libertad, vale por ciento de los que gimen bajo la servidumbre. No está lejos el campo que la mano del destino tiene señalado a los hijos de la gloria para batir el orgullo de los vencedores de catorce años" (23).

Bolívar retornó al Cerro de Pasco, acompañado por sus generales y por su Estado Mayor General. El ejército se acuarteló nuevamente con la finalidad de prepararse para la agotadora marcha que se avecinaba. Los cansados fueron retirados y destinados a otros lugares; se repartió asimismo, municiones a la tropa.

Estando —dice López— algunos oficiales reunidos junto a la casa que ocupaba el Libertador en Pasco, escucharon a un pelotón de soldados decir: "¿No hemos vencido a los españoles en muchas ocasiones? Pues bien, aquí también serán vencidos, o debemos morir antes que mostrarles las espaldas".

Tal era el estado anímico de las tropas.

Como habíamos referido antes, Miller se hallaba por aquellos días al mando de los montoneros peruanos. El día 3, en la región de Yauli, este jefe recibió 700 nuevos jinetes, tras lo cual ocupó al día siguiente la Oroya. Desde allí notificó a Bolívar valiosísimas informaciones que le advertían del avance de Canterac por la ruta Este del lago de Reyes. El Libertador pudo así elaborar su plan de ataque, que consistía en seguir la dirección opuesta a la de los realistas, es decir, por la orilla occidental de dicho lago. Con este movimiento estaría facultado para sorprender a los virreinales y cortarles la retirada, forzándolos a presentar batalla. Otras ventajas de tomar esta ruta —dice Dellepiane— consistía en poder aprovechar las trabas que presentaba el vadeo del río Mantaro, que los protegería de un inesperado abordamiento del enemigo. Además, "se avanzaba en la dirección más favorable para la ofensiva, penetrando entre el ejército de Canterac y la

(23) Manuel Antonio López. Recuerdos Históricos. Pág 172.

dirección general de Lima, con lo que se separaba, en cierta medida, a los agrupamientos realistas de Jauja y de los castillos del Callao cortándoles sus comunicaciones; por último, esta dirección daba mayor espacio a los libertadores para envolver al adversario, interponiéndose entre él y Jauja y pudiendo recobrar su frente normal, en todo caso, previo un desplazamiento lateral hacia la costa. El único inconveniente que se presentaba al tomar este camino era que había que recorrer más distancia para llegar al mismo punto" (24).

Entretanto, Canterac había dispuesto el abandono de sus acantonamientos de Jauja, a fines de Julio, habiendo concentrado su ejército el 1º de agosto, dos leguas al norte de dicho valle.

García Camba nos dice en sus Memorias que, tan confiado estaba Canterac de poder aplastar a los patriotas en pocos días, que no se preocupó de evacuar de Jauja los hospitales, almacenes y repuestos de su ejército, que se había reunido allí en tres años de ocupación.

En el pueblo de Tarma, los realistas hicieron reclutamientos forzosos entre los jóvenes aptos para portar armas, por lo que se hicieron odiosos en la región. Los moradores de los pueblos vecinos, temerosos de nuevos vejámenes, huían a los cerros aledaños cuando se tenía noticias de algún avance colonial.

El llamado Ejército del Norte hallábase constituido del siguiente modo:

- Una división de Infantería, al mando del General Rafael Maroto, con los batallones 1º del Infante, 1º del Imperial, Burgos y Cantabria.
- La división (también de infantería), comandada por el General Juan Antonio Monet, con los batallones Castro, Victoria, Guías, Centro y 2º del Primer Regimiento.

(24) Carlos Dellepiane. Historia Militar del Perú. Cap. X. Pág 208.

—La división de Caballería, al mando del brigadier Ramón Gómez de Bedoya, integrada por un escuadrón de Húsares de Fernando VII, otro de Dragones del Perú y cuatro de Dragones de la Unión (25).

El primitivo plan de Canterac consistía en batir por partes al ejército patriota, dado que en el campo realista no se había tenido hasta entonces noticias de la gran concentración de fuerzas efectuada un poco más al norte.

El mismo día en que Miller mandaba las antedichas informaciones al Libertador, éste se ponía en marcha, avanzando hacia Cochamarca, pueblo en el que sus tropas acamparon y pasaron la noche. Al día siguiente, reiniciaron la caminata, esta vez en dirección a la hacienda el Diezmo.

Mientras esto sucedía en el sector insurgente, Canterac había avanzado por la ruta de Tilarnioc y Reyes, al pueblecito de Carhuamayo, a donde llegaron a las 10 de la mañana del 5 de agosto. Aquí Monet y Maroto recibieron órdenes de acampar con la infantería, mientras el mismo Canterac, a la cabeza de los jinetes, avanzó hacia el Cerro de Pasco, en donde se dio con la desalentadora sorpresa de que el ejército patriota marchaba en dirección a Jauja por el lado opuesto y paralelo al que ellos llevaban. El general español optó por regresar desesperadamente sobre sus pasos, arribando a Carhuamayo en la noche. El indefenso pueblo fue incendiado por los sanguinarios godos, quedando sólo seis casas en pie. El 6 de agosto, muy temprano en la madrugada, el ejército entero se movilizó hacia Reyes.

El día anterior a estos sucesos, el ejército patriota tomó la dirección de Carhuacayán, rumbo a Conocancha. Bolívar dispuso que Sucre marchase con la infantería por las alturas, mientras él avanzaba con los jinetes por el llano. En Rumichaca, el Liber-

(25) El número de infantes ascendía a unos 7,000 hombres muy bien equipados, mientras que la caballería tenía 1,300 jinetes. Carlos Dellepiane. Ob. cit. Pág. 207 y s.

tador se enteró de que los realistas estaban a punto de ocupar el Cerro de Pasco, por lo que apresuró la marcha. Los patriotas pasaron la noche en Conocancha, pueblo que ocuparon en la tarde y en donde se les unió el incansable Miller, quien reasumió inmediatamente el mando de la caballería peruana. El Libertador supo en este pueblo que los realistas aceleraban la marcha. Era el momento de acometerlos. Debido a ésto, tuvo que desistir de su propósito de proseguir a Huaypacha y Yauli, ordenando a sus tropas que variasen el rumbo para dirigirse con la mayor celeridad al pueblo de los Reyes de Chinchaycocha. Se inició así la marcha de Este a Oeste, que tantas sorpresas iba a deparar.

Según estas disposiciones, la vanguardia, con Córdova, inició la marcha a las 4 de la mañana de aquel glorioso lunes 6 de agosto. La Mar le siguió con la división peruana, colocándose Lara a la retaguardia de la formación. A las 10 de la mañana, se procedió a vadear los ríos Palcamayo y Mantaro por la región de Carhuaro, operación que cumplieron los soldados "con el agua arriba de la cintura" y que duró varias horas.

En la tarde, la caballería se adelantó y llegó a la cumbre de la quebrada de Chacamarca, en donde, a las cuatro de la tarde, se abrió ante los jinetes una vista grandiosa e impresionante: un poco al sur del pueblo de los Reyes, en la verdosa y ondulante llanura, que se extiende majestuosamente, al abrigo de un cielo azul brillante, se divisó al ejército del Norte, que avanzaba presuroso, aunque en buen orden, hacia Tarma.

El terreno: "La pampa de Junín, que sirvió de campo de batalla a las caballerías del Rey y de los patriotas, es una inmensa llanura que corre de Sur a Norte, formando un amplio y vasto horizonte hacia las vertientes del Cerro de Pasco. Al Oeste se tiene la cadena oriental de la cordillera y al Este los nevados picachos de los Andes Occidentales, encerrando en su centro la hermosa laguna de Junín o Chinchaycocha. El menor ancho de la planicie puede ser evaluado en dos kilómetros más o menos y su longitud sobrepasa cien.

Atravesada por riachuelos y caminos, cubierta de aldeas y grandes extensiones completamente despejadas, es un hermoso campo que ofrece a la iniciativa y al valor ocasión propicia para derrochar sus galas. La amarillenta paja de las punas que le sirve de alfombra, tiene en algunos puntos cambiantes de color verde oscuro que indican los peligrosos pantanos de que está salpicada en toda su extensión.

El lugar en que ambas caballerías iban a medir sus armas era la parte de la llanura llamada Ushno, al pie de las eminencias que se conocen con el nombre de Charag" (26).

Por el momento, el peligro había pasado para los realistas, pues éstos se hallaban fuera del alcance del Libertador. Pese a todo, Bolívar no estaba dispuesto a darse por burlado y ordenó con enérgicas voces, que el grueso de la caballería pasase al frente; disposición que los jinetes acataron con la mayor presteza, dejando diez kilómetros atrás a la infantería. El propósito de esta maniobra era el de forzar a los realistas a un ataque parcial con el que se daría tiempo a la infantería para que se movilizara y desencadene la ofensiva general.

Cuando las tropas patriotas divisaron a los realistas empezaron a dar estruendosos vivas, signo de profunda confianza y de optimismo. Desmontaron de sus mulas e iniciaron la preparación de sus cabalgaduras. Se dice que Necochea, Jefe de la caballería, se aproximó al Libertador, diciéndole: "Pronto me verá V.E. muerto o victorioso".

Los siete escuadrones patriotas dieron así inicio al penoso descenso. Los jinetes llegaron al pie de la pendiente, dejando a la izquierda el camino de San Pedro de Cajas y avanzaron atrevidamente por el abrupto terreno, penetrando en la llanura a las cinco de la tarde, tras una hora de maniobrar. A la derecha tenían unos terrenos escarpados y a la izquierda, unos pantanos.

(26) Esta descripción del campo de batalla, que hemos considerado como la mejor hecha, se encuentra en la Historia Militar de Antonio Castro, Tomo I. Campaña de Bolívar. Cap. IV. Pág' 45 y s.

Canterac había tenido la ocasión de observar estos movimientos desde sus líneas y, viendo el optimismo y la animación que reinaba en su ejército y habiéndosele presentado una oportunidad que él mismo calificó de "extraordinariamente propicia", optó por orientar su soberbia caballería (arma en la que tenía más confianza por ser españoles muchos de sus integrantes), hacia las líneas patriotas, organizando el ataque de la siguiente manera: Al frente de la formación de batalla, fueron puestos un escuadrón de Húsares de Fernando VII y otro de Dragones del Perú. A los cuatro escuadrones de la Unión los situó "dispuestos en columnas de medio regimiento sobre la misma línea, para favorecer de esta manera el desbordamiento y envolvimiento del estrecho frente que tenía el enemigo" (27). En resumidas cuentas, la formación colonial presentaba dos líneas, estando la primera compuesta por cuatro escuadrones y la segunda por dos, situados atrás y a los extremos de la primera.

Entretanto, la situación se tornaba áspera para Necochea y sus acompañantes, pues el terreno que ocupaban era sumamente estrecho. Ello dio lugar a que se vieran precisados a presentar batalla en el orden que a continuación exponemos:

- A la cabeza de la formación se situaron los dos escuadrones de Granaderos de Colombia, al mando de Felipe Braun.
- El escuadrón de Granaderos de los Andes (denominado también de Buenos Aires) dirigido por el coronel Alejo Bruix y los tres de Húsares de Colombia, con Laurencio Silva, se colocaron en una sola línea a continuación de los Granaderos Colombianos.
- Los escuadrones 2º y 3º del Perú, guiados por Miller y Plaseñcia, recibieron la orden de acometer por la derecha realista. Para tal efecto, hubieron de desplazarse un poco a la izquierda, en dirección a los pantanos.

(27) Carlos Dellepiane. Ob. cit. Pág. 211.

—Y, por último, el primer escuadrón de Húsares del Perú, mandado por el argentino Suárez, quedó en la retaguardia, como solitario y menospreciado espectador de los sucesos pronto a desarrollarse (28).

En esta posición —dice Cortegana— estrecha y embarazosa, la caballería patriota tendría que resistir la embestida de los enemigos, favorecidos por su gran número, sus famosos caballos y la habilidad reconocida de su General en Jefe (29).

El choque en la "Llanura de los Rayos" (30)

Pocos minutos habían transcurrido desde que los clarines del Rey tocaron la señal de ataque, cuando los desorganizados insurgentes vieron acercarse a la imponente y disciplinada formación colonial, cuyos integrantes esgrimían amenazadoramente sus largas lanzas y sables, con intenciones de desmoronar de una sola acometida la débil línea de sus oponentes. A pesar de todo, los llaneros colombianos, expertos en la lucha de este tipo, no se amilanaron ante el espectáculo. Enristraron sus enormes lanzas y aguardaron a los enemigos a pie firme y resueltos a todo. Demás está decir que el choque de ambas caballerías fue espantoso.

Los dos sectores, tanto el de Necochea, como el de Miller, fueron embestidos casi al mismo tiempo. Este último tenía como subordinado al coronel Antonio Plasencia, quien había recibido del Libertador, por intermedio de su edecán, la orden de cargar por la derecha enemiga. Notificado Miller de esta orden atacó,

(28) Según Juan Basilio Cortegana, Suárez mandaba los escuadrones 1º y 4º del Perú y no así uno solo, como lo afirma el general Dellepiane. Vargas Ugarte en la pág. 339 de su obra antes citada, es de la misma opinión que Cortegana, al decir: "... en ese instante intervinieron los dos escuadrones del Perú que habían quedado a retaguardia...".

(29) Opinión consignada en la Gesta Emancipadora del Perú de José Manuel Valega. Tomo 6º Pág. 74.

(30) El nombre de Junín, se deriva de las voces *Jun*, que quiere decir rayo o relámpago, y de *Nin*, que en quechua significa sitio plano o explanada.



613882

aunque sin éxito alguno, pues lo pantanoso del terreno, le hizo cambiar de dirección, por lo que hubo de arremeter frontalmente a los dos escuadrones de dicho sector realista. "El primero — escribe Miller— volvió caras; pero el segundo en su retirada nos flanqueó y nos puso en tal desorden que nos retiramos corriendo a corta distancia" (31).

Miller trató de tomar el camino de Reyes para salvar a sus maltrechos cuerpos de una debacle mayor, mientras los virreinales lo perseguían tenazmente.

Por la otra ala, Braun, con algunos de sus granaderos y una compañía de Húsares, al mando del capitán Camacaro, se internaron en las formaciones realistas, haciendo alarde de gran valentía, logrando romper la línea y abrirse paso a punta de lanzas y a sablazos. Los atolladeros que por aquel sector impedían la movilidad de los jinetes de Canterac, facilitaron la tarea de Braun, quien llegó a tomar la espalda del enemigo y desorganizar parcialmente sus filas.

Necochea no corrió igual suerte y, aunque se batió como un león, fue arrollado y tomado prisionero, tras recibir siete heridas (32). Miller tomó el mando en reemplazo de éste.

El panorama que presentaba el campo de batalla en aquellos instantes, era realmente sangriento y espantoso. Pese a lo deses-

(31) Este fragmento ha sido sacado de la carta que envió Miller a su hermano Juan, que está fechada en Tarma el 9 de agosto. Esta carta fue escrita originalmente en inglés y la encontró entre los papeles del general O'Higgins, el señor Benjamín Vicuña Mackenna. Mariano Felipe Paz Soldán obtuvo una copia de ella de manos del mismo general Miller en 1860, y es la que se halla consignada en su *Historia del Perú Independiente*. Tomo I. (Segundo Período). Cap. XVIII. Pág. 255, 256 y s.

(32) Se dice que el soldado realista que capturó a Necochea le salvó la vida al reconocerlo, pues había sido jefe suyo en el Ejército de los Andes. Este mismo soldado, que tuvo tan noble gesto, fue muerto posteriormente cuando Necochea era rescatado. Miller. *Memorias*. Tomo II. Pág. 143.

perado de la situación, Braun, Silva, Carvajal, Bruix, Sowersby y algunos otros, no abandonaron el campo. Permanecieron en sus puestos, peleando como simples soldados, intentando afanosamente reagrupar a los dispersos. Daban ejemplos de valor a los desmoralizados grupos que se batían en retirada ante el ensañamiento de sus oponentes, quienes los acuchillaban sin piedad. En medio de la confusión sólo se escuchaban gritos, lamentos, agónicas voces, el incesante relinchar de los caballos y el estridente toque de los clarines. No se hizo ni un sólo disparo. Sólo el sonido tétrico y metálico de los sables, anunciaba a la inexorable y silenciosa muerte.

“Puede escribirse —dice Palma— que la derrota estaba consumada. El sol de los incas se eclipsaba y la estrella de Bolívar palidecía”.

“El Libertador, los generales Santa Cruz y Gamarra con su Estado Mayor, sin pasar el desfiladero, se formaron en una especie de llano pantanoso, y por el otro al pie de unas colinas, y presenciando la fuga de nuestras tropas en la primera carga, se retiraron rápidamente a una legua a retaguardia donde la infantería estaba formada” (33).

En esta situación de inminente derrota, solamente una actitud excepcional podía variar el curso de los hechos. Y así fue que el mayor José Andrés Rázuri, subordinado de Suárez, tuvo la audacia de realizar un sublime acto de desobediencia, que generó la victoria para las tropas patriotas. En efecto, como hemos visto, Suárez se había quedado en la retaguardia a la espera de las necesarias órdenes superiores que determinasen su acción. Fue entonces que La Mar ordenó a Rázuri que comunicase a su jefe la orden de retirada, ya que consideraba que todo estaba irremediablemente perdido. Pero Rázuri, como empujado por la mano del destino,

(33) De la carta de Miller a su hermano Juan.

al llegar donde Suárez, quien aguardaba impaciente con sus jinetes peruanos, le dijo: "Mi coronel, es el momento de atacar" (34).

Suárez dio crédito a las palabras de su ayudante y, evidentemente, concordó con él, pues dio en el acto la voz de cargar. Colocándose en un espacio que dejaron los realistas al avanzar, se lanzó sobre la espalda y flanco de los adversarios que perseguían a Miller quien, "viéndose embarazado por lo pantanoso del terreno, volvió caras al enemigo y le hizo frente" (35).

Los realistas fueron así sorprendidos en su frente y retaguardia. Este oportuno socorro dio la oportunidad a que los dispersos republicanos se reunieran, mientras las líneas realistas se desmoronaban dramáticamente.

Los Granaderos y Húsares colombianos volvieron entonces

(34) Las palabras que reproducimos en nuestro escrito:

"Mi Coronel, es el momento de atacar", han sido extraídas de la citada obra de Vargas Ugarte (pág. 340), quien se basa en declaraciones que prestó Rázuri en 1852 a D. Nicolás Rebaza, y más tarde, por escrito, a su pariente D. José Sevilla en 1878. Este historiador afirma que es muy probable que Rázuri haya cambiado la orden que recibió de uno de los jefes patriotas, aunque no especifica quién.

Mariano Felipe Paz Soldán, en su obra antes mencionada (pág. 355) nos dice que Rázuri no cambió ninguna orden y que, más bien, su acción fue de inspiración propia, diciéndole a Suárez: "Mi Coronel este es el momento de aprovechar: carguémoslos por retaguardia y los derrotamos". Paz Soldán comete la equivocación de llamar Pedro al aludido, en vez de José Andrés, como era su verdadero nombre.

José Manuel Valega, en su obra la Gesta Emancipadora del Perú (Tomo 6. Pág. 85) relata que Rázuri recibió órdenes directas del jefe de la división peruana, de comunicar a Suárez que se retirase. "Jadeante, empolvado y sudoroso, llega al recodo que esconde a los Húsares del Perú y dice a su jefe las palabras del triunfo: "Mi Coronel, orden del General La Mar, ataque por la retaguardia".

Otras versiones son semejantes, aunque varían un tanto en las palabras, como: "Mi Coronel, el General La Mar ordena que cargue Ud. de todos modos"; "¡Que brillante ocasión, mi Comandante, carguémos!", etc.

(35) Miller. Memorias. Tomo II. Pág. 142.

caras y, ya reorganizados y con nuevos ímpetus, avanzaron y destruyeron definitivamente las formaciones coloniales, cuyos integrantes corrían dispersos por la inmensa llanura.

Una partida de Granaderos, al mando de Sandoval, rescató a Necochea.

Braun, acompañado de algunos colombianos, persiguió a los realistas hasta sus propias líneas de infantería.

La victoria era de los insurgentes tras 45 minutos de duro e incesante batallar.

Entretanto, Bolívar, quien como hemos dicho, se hallaba en esos instantes fuera del campo de batalla, aguardaba nervioso la confirmación de la derrota, que creía inevitable. En esta angustiada situación, se presentó ante el Libertador el general Lara, quien le preguntó:

—¿Qué hay, general?

—Qué ha de haber —contestó Bolívar—, que nos han derrotado nuestra caballería.

—¿Y tan buena así es la del enemigo?

—Demasiado buena, cuando ha derrotado a la nuestra —replicó Bolívar.

—¿Quiere usted que yo vaya a dar una carga con esta caballería? —propuso Lara, señalando a los arrollados.

—No. Concluyó el Libertador — porque eso sería quedarnos sin caballería para concluir la campaña.

“Por ésto se ve —dice López— que, aún en momentos de creerse vencido, no le pasaba al Libertador por la imaginación la idea de que él no estuviese destinado a dar al Perú la libertad” (36).

(36) Manuel Antonio López. Recuerdos Históricos. Pág. 179 y s.

Bolívar recibió la primera noticia de la victoria en una nota de Miller, escrita con lápiz. Más tarde fueron llegando Carvajal, Silva y Braun, acompañados de los demás jinetes que gritaban extasiados: ¡Victoria! ¡Victoria!

Cuando hubo arribado Miller, el Libertador lo recibió con un efusivo abrazo.

Ramón Gascón y Loarte, jefe del estado mayor de la caballería realista, recibió órdenes directas de Canterac de reunir a los dispersos, en momentos en que empezaba a anochecer. Acudió en el acto y logró recuperar alrededor de doscientos caballos, que se trajo hasta sus líneas.

En el parte de la acción, que elevó Santa Cruz al Libertador, a la mañana siguiente en Reyes (37), las pérdidas de los realistas estuvieron evaluadas en "2 jefes, 12 oficiales y 245 hombres de tropa; 80 prisioneros, más de 400 caballos ensillados, la mayor parte de sus armas, muchos dispersos y gran número de heridos". En el mismo parte se mencionaba que las bajas patriotas consistieron "en 45 muertos y 99 heridos; entre los primeros el capitán Urbina de Granaderos de Colombia; el teniente Cortés, del primer escuadrón del Perú, y el sargento mayor Lizárraga, edecán del señor general Miller. De los segundos: el señor general Necochea, el Comandante Sowersby, Capitán Vargas y Alférez Rodríguez, del regimiento del Perú; el Alférez Ferrer, de Granaderos de Colombia; el teniente Allende, de Granaderos de los Andes, y el Capitán Peraza, teniente Tapia y Alférez Lanza, de Húsares de Colombia".

El cuadro de muertos y heridos que nos da, es el siguiente:

(37) Este parte se halla consignado en la obra *Junín y Ayacucho* de Daniel Florencio O'Leary, Pág. 129 a 133.

| | <i>Muertos</i> | | <i>Heridos</i> | |
|------------------------------|------------------|--------------|------------------|--------------|
| | <i>Oficiales</i> | <i>Tropa</i> | <i>Oficiales</i> | <i>Tropa</i> |
| Granaderos de Colombia | 1 | 12 | 1 | 26 |
| Granaderos de los Andes | — | 8 | 1 | 16 |
| Húsares de Colombia | — | 2 | 3 | 6 |
| Primer Regimiento del Perú | 1 | 20 | 3 | 43 |
| Un edecán del general Miller | 1 | | | |
| | 3 | 42 | 8 | 91 |

Por otra parte, Vargas Ugarte, en su *Historia General del Perú* (38), afirma que los realistas tuvieron 19 oficiales y 235 soldados muertos, perdiendo además 80 hombres que quedaron en calidad de prisioneros.

En su ya citada obra, aparece el siguiente cuadro de pérdidas patriotas, que difiere un tanto del que confeccionó Santa Cruz:

Granaderos de los Andes (122): muertos, 8; heridos 16.

Granaderos de Colombia (205): muertos 11; heridos, 29.

Húsares de Colombia (384): muertos, 3; heridos, 8.

Coraceros (Húsares de Junín) (519): muertos, 23; heridos, 45.

“Como se ve —dice Vargas Ugarte— la caballería peruana vino a tener tantas bajas como la colombiana y la argentina juntas”.

(38) Rubén Vargas Ugarte. *Ob. cit.* Cap. XII. Pág. 340.

Se cuenta que, después de la acción, La Mar encontró a Rázuri, al afortunado Rázuri, y le dijo emocionado: "Debería usted ser fusilado; pero a usted se debe la victoria".

Al caer la noche, el ejército entero se dispuso a reposar en la pampa, y el mismo Bolívar tuvo que hacerlo así, ya que los equipajes aún no habían llegado. La noche fue penosísima, especialmente para los heridos, la mayoría de los cuales murieron a causa del intenso frío de la región.

Al siguiente día, las tropas ingresaron al abandonado pueblo de los Reyes de Chinchaycocha (39). Aquí, Bolívar redactó el parte oficial de la acción y el Estado Mayor, la Orden General, que reproducimos a continuación:

"Orden General del 7 de agosto de 1824", en Reyes. Artículo 1º.— S. E. el Libertador, lleno de satisfacción por el triunfo que ayer obtuvo la caballería en el campo de Junín, da las gracias a los cuerpos Granaderos de Colombia y Primer Regimiento de Caballería de línea del Perú, que tanto se distinguieron y a los demás jefes, oficiales y tropa, que concurrieron a la victoria.

Artículo 2º.— Sin perjuicio de las gracias que S. E. se reserva dar a los individuos, que sus jefes recomienden como más distinguidos, por las relaciones que deben remitir a este Estado Mayor General, ha querido de pronto premiar al Regimiento de Caballería del Perú, dándole el nombre del campo de batalla y, que en adelante se llame: Regimiento Húsares de Junín.

Artículo 3º.— Los cuerpos que entraron en la acción pasarán por sus Estados Mayores Generales en el día, una razón de muertos y heridos que han tenido en ellos.

Comuníquese, etc. etc."

(39) Este pueblo fue fundado por los españoles el 6 de enero de 1600, con el nombre de pueblo de los Reyes, debido a que en ese día se celebraba la festividad de los Reyes Magos. El 30 de octubre de 1824, Bolívar le cambió de nombre por el de Villa Heroica de Junín.

Miller nos refiere en sus Memorias que, cuando los habitantes de aquella población serrana se enteraron de la victoria de los patriotas, empezaron a salir de sus escondites para dirigirse con prontitud a su pueblo en grupos más o menos numerosos. Colgaron ornamentos de plata en la choza que alojaba al Libertador, en señal de respeto, y se dispusieron a ayudar a los soldados en la preparación de los alimentos y demás faenas. Algunos de ellos ayudaron a los llaneros a limpiar las puntas de sus mortíferas lanzas, aún embadurnadas con la sangre de los godos caídos. Estos soldados, los llamados "guerrilleros del llano", que tanto se distinguieron en las anteriores campañas de Bolívar, eran gentes rudas, ásperas, oriundas de las pampas de la Gran Colombia. Resaltaba en ellos la monumentalidad de sus lanzas, que tenían de doce a catorce pies de largo. El asta de ellas la formaba una vara gruesa y flexible a cuya extremidad se encontraba la lengüeta. Los lanceros fijaban las riendas encima de la rodilla, de forma que podían guiar el caballo, quedándoles las dos manos en libertad para manejar la lanza. Herían a sus enemigos con tal fuerza y particularidad, que los levantaban dos o tres pies encima de la silla (40).

Los heridos que sobrevivieron a los rigores del clima fueron agrupados en la misma mañana del 7, para enviarlos a Pasco a que se recuperasen. Falleció en Carhuamayo, víctima de sus lastimosas heridas, el bravo Carlos Sowersby, gran amigo de Miller y comandante de uno de los escuadrones peruanos durante la acción. Era —como afirma Miller— vencedor en Maipú, Riobamba y que tuvo ante sus ojos la batalla de Borodino y el magnífico y sangriento espectáculo del incendio de Moscú. Tenía 29 años y era natural de Bremen.

Consideraciones.

La célebre batalla de Junín, está considerada por muchos como la batalla polémica de la independencia. Ello se debe al hecho

(40) Miller. Memorias. Tomo II. Pág. 143.

de que existen serias discrepancias entre los relatos que de ella se han efectuado, razón por la cual, se ha discutido mucho acerca del verdadero curso de los acontecimientos en este evento bélico. El eje de dicho debate, lo constituye la participación de los Húsares Peruanos, como factor determinante de la victoria. En lo que sigue, trataremos de presentar los hechos en forma clara y objetiva, en diferentes versiones, para que el lector compare, juzgue y saque sus propias conclusiones.

Ante todo, la idea de que los peruanos no tuvieron una participación importante en la obtención del éxito, proviene del irlandés Francisco Burdett O'Connor, quien dice en sus Memorias que "otros han escrito y dado parte de esta memorable acción de guerra sin haberla visto ni haber estado en ella; y todo tan mal relatado, que yo, al leer esas narraciones, no sabría a qué acción se referían".

Según este general, los únicos héroes de aquella jornada fueron él mismo y los colombianos, sin mencionar para nada a Suárez y menos a Rázuri. O'Connor nos refiere, sin tino alguno y hasta con insolencia, que el artículo 2 de la Orden General, en el que Bolívar agradece a los Húsares del Perú por su brillante comportamiento y les cambia de nombre adjudicándoles la gloriosa denominación de Húsares de Junín, no fue más que una maniobra "para inspirar un poco de entusiasmo y estímulo entre los peruanos, pues eran más realistas que los mismos españoles".

Creemos que esta aseveración es injusta aparte de falaz y que constituye un punto de vista completamente distorsionado. Como ejemplo de la deformación de los hechos por parte de O'Connor, basta citar que en su relación de bajas entre los Húsares Peruanos figuran solamente dos muertos y cuatro heridos. Cabe preguntarse cuáles fueron las razones que indujeron a O'Connor a narrar los hechos en forma tan extraña. No existen aparentemente intereses de ninguna especie, a no ser de su exagerado egocentrismo. Hay que tomar también en cuenta, que estas Memorias fueron redactadas durante su ancianidad, lo cual da lugar a pensar que sus facultades podrían haber estado un tanto afectadas. Y si fuera así, no se le puede adjudicar culpa alguna.

“Cuando describe —dice Ricardo Palma— las batallas a las que concurrió, tiene O'Connor la debilidad senil de aspirar a que la Historia lo coloque sobre Bolívar y sobre Sucre. Sin O'Connor, Junín y Ayacucho habrían sido, no dos victorias, sino dos desastres...” “Para aceptar a cierraos la oración pro domo sua, que no es otra cosa que el relato que de ambas batallas nos hace O'Connor, sería preciso rehacer la Historia, empezando por negar la veracidad de los partes oficiales, y concluyendo por rechazar el testimonio de todos los escritores, así españoles como americanos, que concurrieron a ambas acciones de guerra” (41).

Llama profundamente la atención el hecho de que algunos historiadores hayan tomado en cuenta las erróneas apreciaciones de O'Connor. Tal es el caso del doctor Vicente Lecuna, quien nos dice en una de sus obras que el agradecimiento a los Húsares del Perú no fue sino un favor político, ya que sus servicios no fueron notables.

Los testimonios que refutan estas ideas son muchos. El general Miller, por ejemplo, tanto en sus Memorias como en la carta que escribió a su hermano Juan desde Tarma, tres días después de la batalla, acepta tajantemente la acción de Suárez y de sus Húsares. En el segundo de estos escritos nos dice:

“En este momento crítico el primer escuadrón peruano mandado por Suárez, vino en nuestro socorro, cargó al enemigo por la retaguardia, lo persiguió y dio tiempo a que los escuadrones patriotas, que corrieron, se rehicieran y formaran. Esto hizo que el enemigo fuera cargado con nuevo ardor y por último completamente derrotado”.

Otro de los testigos de la batalla, que dejó testimonio escrito, fue el general Manuel Antonio López. Este, en sus Recuerdos Históricos, nos refiere que, cuando la línea patriota estaba casi por completo desorganizada, “un escuadrón de Coraceros protegió a los cuerpos arrollados, cargando a los enemigos por la retaguar-

(41) Ricardo Palma. Tradiciones Peruanas. Tomo V. Pág. 399 y s.

dia...". "Al mismo tiempo, la segunda línea de batalla de los enemigos, que constituía su reserva, se arrojó sobre los Coraceros y los Húsares; Suárez y Silva, prefiriendo no esperarlos a pie firme, se adelantaron a recibirlos lanza en ristre y el encuentro de estas caballerías fue tremendo, horroroso. Alcanzábamos a ver que los caballos se estrellaban unos contra otros, y el empuje de nuestra caballería fue tan violento, que rompió la de los enemigos por el centro y desorganizó completamente su flanco izquierdo".

Más adelante exalta el significado de la acción de nuestros coraceros, cuando afirma que "ostentaron un lujo de valor extraordinario en aquella jornada, dando a su patria un nuevo día de gloria que les hizo ganar el honroso nombre de Húsares de Junín" (42).

Entre los testimonios de los mismos realistas, citaremos a dos:

—El primero se encuentra en el Tomo IV de los Documentos para la Historia de la Guerra Separatista del Perú, en la primera parte dedicada a la crítica que hizo el Mariscal de Campo don Ramón Gascón y Loarte a las Memorias del general García Camba. Allí se dice: "Los vencedores se convirtieron en vencidos por la aparición por su flanco de un escuadrón insurgente que de fresco llegó al campo de combate".

—El segundo testimonio se halla consignado en el Diario de la Última Campaña del Ejército Español en el Perú que terminó con la batalla de Ayacucho, escrito por el entonces teniente coronel Bernardo F. Escudero y Reguera. Refiriéndose al encuentro de Junín, nos dice que: "por una exigencia cualquiera del servicio no se había reunido todavía a la caballería enemiga en aquel día un escuadrón, con el cual se encontraron los nuestros al dar la vuelta a una loma cuando ya en dispersión, como sucede de ordinario en esos casos, continuaban persiguiendo a los que huían. Visto ésto por Suárez, pues así se llamaba el jefe de ese escuadrón, no tuvo que hacer grandes esfuerzos para arrollar a la vez

(42) Manuel Antonio López. Ob. cit. Pág. 178 y s.

nuestra caballería y perseguirla hasta echarla en desorden sobre la infantería española, lo cual produjo un fatal efecto moral en sus filas" (43).

A pesar de lo contundente de las pruebas anteriormente citadas, queremos dar una última, con la que esperamos dar por rebatidos los juicios de O'Connor y de sus seguidores, dando a la vez inicio al segundo punto a tratar en este capítulo. Abordaremos así, el tema de los yerros y de los aciertos que tuvo el Libertador en la dirección de esta famosa batalla.

Nos referimos al documento que proviene del coronel Antonio Plasencia, segundo jefe de los Húsares Peruanos, quien en su Memorial al Congreso, fechado el 20 de agosto de 1827 (44), nos refiere que recibió la orden de Bolívar de cargar con su regimiento a la derecha realista. Este se dispuso a obedecer, aunque con cierto fastidio, pues era muy difícil que sus escuadrones pudieran desplegarse a conveniente distancia del punto de ataque, sin que a su vez fueran cargados por el enemigo. La maniobra era, pues, muy arriesgada. Afortunadamente, tuvo el acierto de advertir al comandante del primer escuadrón (Suárez) que permaneciera en la retaguardia a la expectativa de sus movimientos. Rompió en columna por la izquierda, avanzó de frente y, cuando varió de dirección a la derecha, antes de que las últimas mitades entrasen en el fondo de la columna y pudieran desplegarse, ya el enemigo había cargado con dos escuadrones por el frente y uno sobre su flanco izquierdo. "Como era de esperar, la carga que dimos fue desordenada y sin ventaja: resultamos envueltos". "Los escuadrones de la derecha que habían comprometido el choque poco antes que nosotros, sufrían igual derrota, siendo arrollados los unos sobre los otros. En medio de la confusión producida era imposible contener los progresos del enemigo. Mientras esto su-

(43) Ambos testimonios han sido ubicados en el suplemento Suceso del diario Correo del 4 de agosto de 1974, en un escrito titulado Húsares del Perú: Jinetes de la Victoria. En este artículo se entrevista al coronel Carlos Cobilich Portocarrero, quien es, indudablemente, uno de los más importantes peritos en la materia.

(44) José Manuel Valega. Ob. cit. Pág. 71 y s.

cedía, el Comandante Suárez que conservó su escuadrón en rigurosa formación, no obstante la superioridad y las ventajas del enemigo, no vaciló en aprovechar el desorden en que lo veía. Lo cargó con tal oportunidad que recobró el campo y le arrancó la victoria, causándole la pérdida de cuatrocientos hombres”.

Más adelante, Plasencia nos dice que en la misma noche del 6, el Libertador le advirtió que dejase el mando del regimiento. Cuando la noticia corrió entre sus propios jefes y oficiales, éstos solicitaron que se le formase un Consejo de Guerra para que se justificara dicha orden. El Consejo lo absolvió y el Libertador consideró político ceder, reponiendo al español en su cargo y en su honor.

Lo cierto de todo esto, es que el único en cometer un traspié en el aspecto estratégico, fue el mismo Bolívar, quien ordenó que la caballería descendiera y penetrara en la llanura por el abra de Chacamarca, sin tener en cuenta que el espacio era reducido y que los jinetes no podrían extenderse en una línea de batalla conveniente. Como no había sitio para formar, el Libertador optó por ordenar a Plasencia que efectuara la desastrosa maniobra ya expuesta.

Otro error que cometió Bolívar, aunque justificable, es el de no haber aprovechado el éxito para perseguir a los realistas y acabar de una vez con ellos. De esta opinión es el general Dellepiane, quien sostiene que los patriotas emprendieron “una tardía y morosa marcha en seguimiento del adversario, haciendo avanzar su caballería a una jornada atrás de las columnas de la propia infantería, para premiar su triunfo con el descanso; sin embargo, la persecución es el mejor premio que puede concederse al jefe y al soldado después de la victoria. Para obtener esta superación en el esfuerzo, basta hacerles comprender que, impidiendo la reorganización del adversario, evitarán la renovación de sangrientos riesgos” (45).

(45) Carlos Dellepiane. Ob. cit. Cap. X. Pág. 218.

Esta opinión, muy respetable por cierto, merece la aprobación desde el punto de vista militar. Pero podrían aducirse razones en contra, entre las cuales está el hecho de que una gran parte del ejército insurgente tuvo en Junín su primera campaña sobre suelo serrano, es decir, sufriendo los rigores del intenso frío y del soroche. El que haya estado alguna vez en aquellos inhóspitos parajes, comprenderá lo que hemos dicho y nos dará la razón.

Respecto a la actuación del general Canterac, podemos decir que si bien éste supo explotar con singular brillantez la magnífica situación en que se encontró al cargar, cometió la grave equivocación de creer que su caballería aplastaría a la de los insurgentes en poco tiempo, sin prever la borrasca que se avecinaba. Canterac pudo haber empleado su artillería y sus unidades de cazadores, maniobra con la que hubiera podido destrozar por completo a los jinetes enemigos y, quizás, atraer a Bolívar a un encuentro general, cuyo resultado funesto para las armas patriotas pudo haberse concretado muy probablemente.

Estuvo bien que Canterac cargara, pero inició el ataque desde una distancia de dos kilómetros, por lo que sus caballos llegaron cansados y sin mucho brío.

En el parte de la acción, éste narra que cuando sus tropas habían roto la primera resistencia patriota, vio angustiado y sin poder imaginarse la causa, que su caballería volvía grupas y se daba a una fuga sorprendente.

“Parecían, Excmo. Señor —dice en su comunicación al Virrey — imposible en lo humano que una caballería como la nuestra tan considerada, bien armada, equipada, montada, insruída y disciplinada y que manifestaba incesantemente vivos deseos de llegar a las manos con los enemigos, lo que me pidieron con repetidísimas instancias aquella misma tarde al presentarse la enemiga, digo que parecía imposible que con tanta vergüenza huyese de un enemigo sumamente inferior bajo todos los aspectos...” “¿Quién, Excmo. Señor, no se hubiera prometido la victoria más completa, vista la

superioridad física y moral de que nadie dudaba comparando nuestra caballería con la enemiga?" (46).

Si hablamos del comportamiento de Canterac ante la batalla, es decir, en las operaciones de movilización, podemos afirmar que actuó muy descuidadamente: prescindió de los reconocimientos y no dejó reservas por ningún lado. Tampoco se preocupó de hacerse de un servicio de informaciones eficiente que le permitiera conocer la situación de las tropas adversarias y tomar la iniciativa. El no hacerlo originó, en gran parte, el desastroso resultado de la campaña que emprendió. El español no tuvo a su disposición el excelente servicio de espionaje que sí tuvo Bolívar en la actuación de sus esforzados montoneros.

Por último, cabe destacar la heroica actuación de los integrantes de la caballería independiente quienes, a pesar de haber estado a punto de sufrir un descalabro, supieron reorganizarse y triunfar.

Destacó en el encuentro el general Necochea quien, por su temerario tesón, estuvo a punto de perder la vida a manos coloniales. Sobresalió también Miller, quien tomó el mando de la caballería y luchó con el mayor denuedo. Se sabe que este jefe se introducía intrépidamente entre los enemigos y escapaba ileso por su propia pericia y por lo buena de su cabalgadura. Cuenta Miller que, en medio del fragor de la pelea, muchos de sus antiguos subordinados, pasados a las filas realistas, lo reconocieron y lo llamaron por su nombre. Su edecán, el sargento mayor Lizárraga, perdió la vida a su lado, atravesado por diez lanzadas, frustrándose así los anhelos que muchas veces manifestó a Miller, de viajar a Inglaterra y hacer que sus hijos estudiaran allí.

Mencionaremos también a Carvajal, Silva, Braun, al capitán Pringles, a Bruix, a Suárez, a Rázuri, al noble Sowersby, al comandante Blanco, al mayor Olavarria, al capitán Allende, al co-

(46) Parte del general Canterac sobre la acción de Junín. Consignado en el apéndice del Tomo II de las Memorias de García Camba. Documento N° 24. Págs. 471 a 474.

mandante Medina (edecán de Bolívar), al capitán Camacaro, al aspirante holandés Guillermo Corser y, en general, a todos los bravos defensores de la América Hispana, que consolidaron en el campo de batalla aquella memorable victoria de Junín “aurora brillantísima del sol de Ayacucho”.

La movilización hacia el sur.

Después del encuentro de Junín, Canterac solamente pensó en retirarse. Sus tropas estaban completamente desmoralizadas y era inminente un nuevo ataque por parte de los insurgentes. Los realistas emprendieron la marcha en la misma noche del 6 y arribaron a Jauja en la tarde del día siguiente. El 8 reiniciaron la marcha, pasaron por Huancayo y llegaron finalmente a la aldea de Huayucachi. Habían arribado al valle del Mantaro después de recorrer unos 160 kilómetros, en un tiempo verdaderamente sorprendente. Canterac redactó en este pueblo el parte de la acción, en el que se excusó por lo sucedido y solicitó al Virrey el regreso de Valdés desde el Alto Perú. Los coloniales prosiguieron la marcha y arribaron a Izcuchaca el día 11. Canterac ordenó la destrucción del puente de esta población, lo que provocó las más airadas protestas del general Maroto. Este jefe abandonó su puesto y se dirigió al Cuzco a entrevistarse con el Virrey. Seis días después, las tropas atravesaron el río Pampas y acamparon en Chincheros. El resultado de la retirada fue desastroso. El ejército del Norte perdió durante el trayecto cerca de 3,000 hombres, gran cantidad de armamento y de parque.

Por otro lado, el Virrey envió a Canterac una división de 1,800 hombres. El 20 de agosto, desde Andahuaylas, le escribió:

“Mi estimado amigo Canterac: Bien sabe usted que en la guerra los hombres de más concepto tienen sus incidentes desgraciados; de consiguiente, no debe usted pensar en la ocurrencia del 6. Si Valdés, como espero, llega en todo el próximo Septiembre, me parece que Bolívar ha de ser batido. El no haberse éste movido del valle indica, en mi concepto, que puede sea, por lo que usted dice, de esperar refuerzos. En fin, yo me marchó a

Limatambo para activar la remisión de reclutas, vestuario para éstos, y demás, pues lo que interesa, y a más, con objeto de ver si me pongo en disposición de poder hacer la campaña que, en mi concepto, podrá empezarse a mediados de septiembre" (47).

Entretanto, los libertadores abandonaron Reyes el 8 de agosto. Pasaron por el pueblo de Cajas Viejo, para continuar luego en dirección a San Pedro de Cajas. Pasaron a Palcamayo, en donde acamparon. El día 9, en la madrugada, el ejército salió para Tarma. En este pueblo Bolívar ordenó al coronel Luis Urdaneta que agrupara una división y que marchara sobre Lima y el Callao (48).

Bolívar entró a Jauja el 11 y tres días después arribó a Huancaayo. En este lugar, dirigió una proclama a nuestros compatriotas, cuya primera parte decía:

"¡Peruanos: la campaña que debe completar vuestra libertad ha empezado con los auspicios más favorables. El ejército del General Canterac ha recibido en Junín un golpe mortal, habiendo perdido por consecuencia de este suceso, un tercio de su fuerza y toda su moral. Los españoles huyen desfavoridos, abandonando las más fértiles provincias, mientras el General Olañeta ocupa el Alto Perú con un ejército verdaderamente patriota y protector de la libertad!...".

En esta proclama Bolívar consideró a Olañeta como uno de los libertadores del Perú. Tal aseveración, bastante precipitada, no estaba ciertamente de acuerdo con la realidad. Pero no hay duda de que su acción facilitó notablemente la causa libertadora.

Bolívar pasó a Huamanga el día 24 y, a mediados de septiembre, se enteró del repliegue de Canterac sobre el Apurímac.

(47) Conde de Torata. Documentos para la Historia de la Guerra Separatista del Perú. Tomo IV. Documento 79. Pág. 180 y s.

(48) Este jefe llegó a ocupar Lima, pero el 3 de Noviembre acercó sus tropas a los castillos, siendo sorprendido y derrotado por los realistas en La Legua.

El Libertador salió para Carhuanca y Vilcashuamán a encontrarse con las tropas, cuya vanguardia estaba cubierta por los coroneles Carreño y Otero. Sucre estableció su cuartel general en Chalhuanca, en donde permaneció hasta los últimos días de septiembre, haciendo que sus tropas ocuparan la región de Soraya y Lambrana, a orillas del Apurímac (49).

Los aprestos realistas.

En Limatambo, el Virrey se dispuso a reagrupar el ejército, en vista del reciente arribo de Valdés desde el Alto Perú. En la Orden General del 22 al 23 de septiembre, La Serna organizó el llamado Ejército de Operaciones del Perú. Se vio, sin embargo, ante el problema de tener que decidir entre Canterac y Valdés para el puesto de segundo en el ejército. Estos jefes se presentaron ante el Virrey a manifestarle su deseo de ser empleados en el ejército sin reparo a sus clases, "sino del modo más útil al mejor servicio". La Serna pudo así organizar su Plana Mayor de la manera que sigue:

- Segundo General y Jefe del E.M.G.: Teniente General D. José Canterac.
- Segundo Jefe del E.M.G.: Mariscal de Campo D. José Carratalá.
- Jefe de la División de Vanguardia: Mariscal de Campo D. Jerónimo Valdés.
- Segundo Comandante General: Brigadier D. Martín de Somocurcio.
- Jefe de la Primera División: Mariscal de Campo D. Juan Antonio Monet.

(49) Entre Huancavelica y Huamanga, fue sorprendido un destacamento realista, mandado por el teniente coronel Díaz. Este jefe fue hecho prisionero obteniendo además los patriotas, un total de 472 fusiles, de óptima calidad. Más tarde, Díaz se pasó a los Independientes.

- Segundo Comandante General: Brigadier D. Juan Antonio Pardo.
Jefe de E.M.: Coronel D. Gaspar Claver.
- Jefe de la Segunda División: Mariscal de Campo D. Alejandro González Villalobos.
- Segundo Comandante General: Brigadier D. Manuel Ramírez (50).
—Jefe de E.M.: Comandante D. Luis Raseti.
- Jefe de la División de Caballería: Brigadier D. Valentín Ferraz.
- Jefe de E.M.: Comandante D. Ramón Gascón y Loarte.
- Jefe de la Primera Brigada: Brigadier D. Andrés García Camba.
- Jefe de la Segunda Brigada: Brigadier D. Ramón Gómez de Bedoya.

Los realistas disponían de unos 10,000 hombres, 1,600 caballos y de 14 piezas de artillería (51).

El ejército realista se encontraba por entonces, distribuido de la siguiente manera:

- La División de Vanguardia, en el pueblo de Accha sobre la orilla izquierda del Apurímac, con sus avanzadas sobre la línea Capacmarca-Colquemarca (entre los ríos Velille y Santo Tomás).

(50) Paz Soldán dice que el brigadier Manuel Ramírez fue destinado a la guarnición de Arequipa. En efecto, no figura en la lista de prisioneros después de la batalla de Ayacucho.

(51) A pesar de haber podido reunirse un ejército muy poderoso, la desertión haría disminuir su contingente en cuestión de semanas. La relación de los jefes realistas, ha sido tomada del Tomo I de la citada obra del conde de Torata. Documento 88. Pág. 250.

—Las divisiones de Monet y de Villalobos, se situaron en Paruro y sus alrededores.

—La caballería se estableció en las cercanías del Cuzco.

Esta disposición permitía seguir al Virrey dos rutas para envolver a Sucre:

1º La dirección general por Abancay-Andahuaylas: siguiendo esta ruta, se acortaba la distancia de movilización, pero presentaba el inconveniente de ingresar a una región carente de todo recurso, ya que había sido devastada por Canterac en su precipitada fuga.

2º La dirección por Colquemarca-Oropesa: Esta ruta tenía mayores recursos, pero las distancias a recorrerse eran muy extensas y el terreno era abrupto. Si se ve el asunto desde el lado estratégico, esta dirección era la más conveniente, ya que aislaba a Sucre de la Costa y lo obligaba a retirarse al norte. El Virrey optó finalmente por esta dirección.

Los aprestos patriotas.

El 6 de octubre, Bolívar dejó el mando del ejército a Sucre, después de haber inspeccionado los diferentes puntos de las orillas del Apurímac. Antes de partir, el Libertador le ordenó que se acantonase entre Andahuaylas y Abancay. Bolívar había juzgado necesario dirigirse a la Costa para activar el envío de tropas y arreglar los asuntos financieros (52).

Cuando Sucre tuvo conocimiento de la llegada de Valdés al Cuzco, reunió a los jefes para acordar la actitud que deberían tomar ante el inminente ataque realista. Bolívar había dado la orden de permanecer inamovibles y no se llegó a un acuerdo con-

(52) El Libertador llegó a Chancay el 5 de noviembre. Después de la acción de La Legua, ingresó a Lima el día 7.

creto. Pero Sucre decidió dirigirse con algunos jefes hacia Mamara, con el regimiento Húsares de Junín, un escuadrón de Granaderos de Colombia y el Batallón N° 1 del Perú. En esta población, los patriotas confirmaron la noticia del arribo de Valdés. En vista de ello, Sucre decidió la movilización del resto del ejército hacia Mamara, para hacer que el enemigo traspusiera el Apurímac. En estos días, recibió la orden terminante de Bolívar de permanecer acantonado, por lo que tuvo que dar la contraorden.

Althaus, O'Connor y Miller se dedicaron a las labores de reconocimiento. Este último notificó a Sucre del avance de los realistas hacia Mamara. El día 7 de noviembre, el ejército insurgente recibió la orden de movilizarse a los emplazamiento siguientes:

- Cuartel General y Primera División a Pichirhua.
- Caballería y Tercera División a Cashinchihua.
- Segunda División a Challhuani.

Ofensiva realista y movimientos de Sucre.

Con la intención de desbordar a los patriotas por el oeste, el Virrey dio inicio a la marcha el 22 de octubre, pasando por Accha, Colquemarca, Quiñota y Mamara, a donde llegó el 31. Prosiguió después por Antilla, Chalhuanca, Vilcashuamán y Rajay. A esta última población llegó el 18 de noviembre. Cerca de Huamanga, el Virrey se enteró de que Sucre no se había presentado por allí en ningún momento. En efecto, cuando el jefe patriota tuvo conocimiento del avance de los realistas, resolvió dirigirse hacia el norte, quedando situadas las tres divisiones patriotas, desde el 14 hasta el 19 de noviembre, en Talavera, San Jerónimo y Andahuaylas. El Virrey retrocedió desesperadamente para ganar el vado de Concepción (5 kilómetros al este de dicho pueblo), para cerrar el paso a los insurgentes (53).

(53) Dice Dellepiane, que en la marcha de Rajay al río Pampas, el Virrey lanzó una proclama al país, en la cual ponía en conocimiento de los

El día 19, algunas partidas se batieron en el puente de Pampas. A la mañana siguiente, al llegar el ejército patriota a Uripa, avistaron a los coloniales en las alturas de Concepción. Ambos adversarios se encontraban separados por el caudaloso río Pampas.

Durante los días 21, 22 y 23, hubo algunos encuentros entre las descubiertas de ambos bandos. El Virrey decidió movilizar sus tropas hacia Carhuanca. Con esta medida esperaba flanquear a Sucre por las alturas de Cocharcas y obligaría así a seguir al norte. La Serna se desplazó entonces hacia Pocamarca (noviembre 23), Vilcashuamán, Cochas y finalmente, hacia las alturas de Carhuanca (Nov. 26). Sucre, percatado de estos movimientos, decidió que su ejército ocupara las alturas de Bombón.

En vista de los rumores que corrían en el ejército real, sobre la forma en que La Serna conducía las operaciones, éste reunió a sus principales colaboradores para ponerse de acuerdo en la actitud a tomar. Cabían dos posibilidades:

- Vadear el río Pampas, retroceder a Andahuaylas y alejarse de los patriotas. Allí se aprovisionarían y harían un nuevo llamado de reconciliación a Olañeta.
- Cruzar el río para dirigirse hacia el norte y comprometer batalla con los insurgentes.

Según algunos afirman, al no llegarse a poner de acuerdo los jefes, García Camba formuló la siguiente alternativa:

- Valdés, con la División de Vanguardia, atravesaría el Pampas por Carhuanca y marcharía en dirección a los patriotas. Si Sucre abandonaba su posición y mordía el anzuelo, Valdés seguiría en su persecución, ya reunido con el resto del ejército, que avanzaría por la margen izquierda del río.

habitantes, de que se marchaba a la Costa a recibir a 14,000 hombres de España. Esta fue una maniobra para engañar a Sucre y hacerle creer que sus planes se trastornaban. Afortunadamente, el jefe del Ejército Unido no se arredró con la noticia y prosiguió en su empeño de burlar los movimientos de La Serna.

La acción de Corpahuaico.

Aprobado el Plan de García Camba, el Virrey ordenó a Valdés que diese inicio a la marcha el 29. Como se esperaba, Sucre creyó que lo atacaba todo el ejército colonial. Abandonó las alturas de Bombón y se dirigió a la izquierda del Pampas, para cubrir su retirada (Nov. 30). Lo mismo hizo Valdés.

Sucre dio inicio a la marcha hacia el norte, con Córdova a la cabeza. Los cuerpos alcanzaron Matará en la mañana del 2 de diciembre. Al día siguiente, el Virrey se situó en las alturas de Pomahuanca. Sucre, considerando que la posición que ocupaba no sólo estaba amenazada, sino que carecía de recursos, decidió orientar sus tropas hacia Tambo Cangallo.

Las divisiones patriotas se dispusieron a cruzar la quebrada de Corpahuaico. Córdova y La Mar lograron su objetivo, mas en momentos en que la división Lara avanzaba, cayó sobre ella la vanguardia realista. Una compañía de cazadores del Bogotá, al mando del capitán Piñeres y otra, de la Legión Peruana, lograron descargar sus armas sobre los coloniales. Los batallones Vargas y Vencedor consiguieron abrirse paso en medio de aquel infierno. Rifles no corrió la misma suerte y fue sorprendido por los fuegos de la artillería y de los infantes del Rey. Sucre ordenó a Sands, jefe del Rifles, que traspusiera la quebrada de inmediato. Lara dispuso que se abandonaran las cargas que se transportaban, a la vez que le ordenó al jefe del Vargas, el coronel Trinidad Morán, que ayudara al Rifles. El valor de Morán hizo que el Rifles no sufriera una debacle mayor.

Miller avanzó con la caballería, protegido por los fuegos del Vargas, hacia el valle de Chonta, en donde formó sus escuadrones y se enfrentó a un batallón realista que intentaba ocupar dicha zona.

Finalmente, las tropas patriotas pudieron superar esta difícil situación y traspusieron la quebrada, poniéndose a salvo.

Los insurgentes perdieron en el encuentro alrededor de 300 hombres, entre ellos el mayor Duckbury del Rifles, oficial inglés de gran prestigio en el ejército. Se perdió, además, el bagaje y una de las dos piezas de artillería de que se disponía.

Los realistas sólo sufrieron la pérdida de unos 30 hombres.

Tras el contraste de Corpahuaico, el Ejército Libertador acampó el día 4 de diciembre en Tambo Cangallo. A dicho emplazamiento se presentó el teniente coronel Medina, edecán de Bolívar, llevando el permiso de comprometer batalla en el momento en que Sucre lo juzgara oportuno, ya que las circunstancias se presentaban relativamente favorables (54). Así se hizo, pero las divisiones de La Serna, en vez de aceptar combate, se trasladaron a ocupar las alturas que dominaban la llanura. Sucre comprendió, entonces, lo arriesgado de su posición y movilizó sus tropas, durante la noche, por la quebrada de Acocro en dirección al pueblo de Guai-chao. Al notar la ausencia del enemigo, los realistas emprendieron otra fatigosa marcha, a fin de interponerse entre éstos y el Mayoc.

Los patriotas pasaron la noche del 5 en las pampas de Acosvinchos, alcanzando finalmente la Quínuá, el 6. Entretanto el Virrey, viendo a Sucre fuera de su alcance y en su obstinación por lograr una posición desde la cual pudiese atacar descendiendo de las alturas, ordenó marchar por la quebrada de Huamanguilla rumbo a los cerros del Condorcunca.

El día 7, en la Quínuá, Sucre ofreció 40,000 pesos al cuerpo que más se distinguiera en la lucha próxima a entablarse.

El campo de batalla.

A escasa distancia del pueblo de la Quínuá, se encuentra una llanura a la que los indios denominan Ayacucho, es decir "rincón

(54) Este jefe fue asesinado por los indios de Huanta cuando llevaba el parte de la batalla de Ayacucho.

de muertos" (de aya, muerto y cucho, rincón). Este sugestivo nombre tiene su origen en una matanza que realizaron en esa explanada las huestes del Inca Pachacútec contra los tercios defensores de la región del Chinchaysuyo.

La pampa nace en las faldas del cerro Condorcunca (cuello de cóndor) y se extiende en dirección a la Quínua, alcanzando cerca de kilómetro y medio de extensión. Está limitada hacia el lado derecho por la profunda quebrada de Hatum-Huaycu, que imposibilita cualquier movimiento, mientras que por el sector izquierdo se distingue otra quebrada, que recibe el nombre de Vendamayo.

Así, se puede apreciar que la fisonomía de la pampa de la Quínua, es semejante a la de un cuadrilátero de 1,600 metros de largo por 600 metros de anchura máxima. El campo se halla, asimismo, cruzado diagonalmente, de norte a sur, por una cañada o lloclla, fácil para la infantería.

Las tropas de La Serna estaban posesionadas del cerro, encontrándose, de esta manera, en una posición aparentemente superior a la de los patriotas. Por otra parte, las condiciones del terreno escogido por Sucre ofrecían extraordinarias ventajas tácticas, porque la llanura, al estar demarcada por dos profundas depresiones, aseguraba los flancos de sus formaciones. Desaparecía así toda posibilidad de envolvimiento o de desbordamiento. "Esta misma circunstancia impedía que el Virrey desplegara el total de sus fuerzas dado el reducido espacio de que disponía; el terreno forzaba a los realistas, pues, a efectuar un ataque frontal, lo que hacía disminuir sus probabilidades de éxito" (55).

Los sucesos del 8.

Aquel día, aproximadamente a las 11 de la mañana, las pri-

(55) Carlos Dellepiane. Ob. cit. Cap. XI. Pág. 232.

meras patrullas realistas empezaron a inspeccionar el terreno que habrían finalmente de ocupar.

Sucre estableció su Cuartel General en una choza de pastores, cerca de las ruinas de la iglesia de San Cristóbal.

A las tres de la tarde, este jefe, conjuntamente con La Mar, se dispusieron a observar los cerros del frente por si avistaban finalmente a los enemigos. El Mariscal peruano comentó: "El Virrey ha tenido miedo de comprometer su ejército en el paso de la cañada, y por no cruzarla delante de nosotros se ha subido a la cumbre para descabezarla en su nacimiento y descender por aquí (señalando la loma más cercana al campamento), porque su táctica ha sido siempre atacar a sus adversarios de alto a bajo; rara vez se ha presentado en campo raso" (56).

Efectivamente, dos horas después (5 p.m.) los realistas empezaron a bajar por el lugar señalado y tomaron posición en los inmensos cerros del Condorcunca. Los coloniales armaron algunas piezas de artillería que ostigaron continuamente a los patriotas hasta la caída de la tarde. Asimismo, ambos ejércitos desplegaron varias compañías que combatieron encarnizadamente, registrándose varios muertos y heridos. Los jefes patriotas realizaron una junta de guerra en la que resolvieron dar batalla al día siguiente, por hallarse escasos de provisiones y de municiones.

Ya entrada la noche, corrió la voz en el campo realista de que el General Valdés se proponía alarmar a los enemigos con algunos tiradores. Córdova se le adelantó, pues a eso de las once, junto con varios soldados (algunos de ellos provistos de cornetas y tambores), se acercó a las posiciones realistas y, en medio de una estruendosa gritería y música, rompió un mortífero fuego, que fue contestado a los pocos minutos por los aturridos virreinales (57). Tras haber cumplido satisfactoriamente su misión, Cór-

(56) Nemesio Vargas. Ob. cit. Tomo II. Págs. 238 y s.

(57) Murió en la incursión el teniente coronel Palomares, del batallón Imperial Alejandro, quien se hallaba durmiendo.

dova hizo que sus compañías se replegaran nuevamente hacia sus líneas.

Algunos realistas creyeron que la maniobra había servido para proteger una supuesta retirada patriota.

Aquella misma noche, un destacamento peruano ocupó una casita ubicada en el sector izquierdo del campo.

La batalla de Ayacucho

(Jueves, 9 de Diciembre de 1824)

Empezaban a extenderse lentamente las primeras luces de la alborada, cuando las trompetas de ambos ejércitos dejaron oír sus acostumbrados toques mañaneros. Eran como un saludo al Sol, que se levantaba majestuoso por entre las rugosidades de aquel hermoso paisaje cordillerano. La frígida noche había transcurrido por fin; y los soldados, estimulados por la claridad del ambiente, iniciaron sus preparativos para el inminente combate.

Se efectuaron algunos fuegos de artillería y de tiradores, especialmente en el sector realista, ya que la pólvora escaseaba en el campo insurgente.

A las ocho de la mañana, descendió el general Monet, "personaje fornido, bizarro, de barba acanelada", acompañado por uno de sus ayudantes. Tuvo una breve entrevista con Córdova, con quien acordó una reunión entre los familiares y amigos de uno y otro bando. Unos treinta patriotas traspusieron entonces la línea neutral, en donde los aguardaban un número tanto mayor de realistas. Cuenta López (quien fue uno de los testigos de la escena), que a un grupo donde él estaba, se acercó el brigadier Antonio Tur, pidiéndoles que se sirviesen llamar a su hermano Vicente, quien ostentaba el grado de teniente coronel en el Ejército Unido. Cuando hubo arribado el referido oficial y se iba a

dar inicio a una animada plática, el monarquista tuvo la imprudencia de manifestarle: "¡Hay, hermanito mío! ¡cuánto siento verte cubierto de ignominia!". Vicente Tur reaccionó violentamente, diciéndole: "¡Yo no he venido a que me insultes, y si es así, me voy"! Cuando el patriota hubo dado algunos pasos, su hermano corrió hacia él y se disculpó, abrazándolo con gran cariño, mientras algunas lágrimas rodaban por sus mejillas.

Una escena similar se produjo entre los hermanos Blanco, nacidos en el Alto Perú y ambos de caballería (58).

Valdés nos refiere que a las 9 de la mañana, el Virrey reunió a Canterac, Carratalá, a los generales de división y a los comandantes generales de artillería e ingenieros "en un punto que dominaba y descubría perfectamente la situación de los enemigos y todo el campo de batalla". Se iba a discutir acerca de si era o no recomendable presentar batalla en aquel lugar, y en el caso de hacerlo así, de qué manera debía planificarse la ofensiva. Estos dos puntos fueron acordados "sin dificultad de jefe alguno". Luego, "oídos los pareceres y opiniones manifestantes sobre ambos particulares", se dictaminó el plan de ataque, cuyos puntos básicos reproducimos a continuación: (59).

(58) Manuel Antonio López. Ob. cit. Pág. 214.

(59) Conde de Torata. Documentos para la Historia de la Guerra Separatista del Perú. Tomo III. Refutación que hace el Mariscal de Campo don Jerónimo Valdés del Diario que escribió don José Sepúlveda sobre la última campaña del ejército español en el Perú. Pág. 62.

He aquí un hecho curioso de la campaña: como hemos visto, Valdés sostiene que el referido plan de ataque se elaboró sin que ningún jefe manifestara abierta oposición a ninguno de los puntos expuestos. Sin embargo, el general García Camba en sus Memorias (Tomo II. Cap. XXVII. Pág. 301) refiere que se reunió a los jefes "para oír de la boca del general Canterac, segundo jefe del ejército y jefe del estado mayor general las disposiciones del ataque que se habría de ejecutar, previniendo a dichos jefes conforme iban llegando la parte de ejecución a cada uno designada". García Camba recalca el hecho de que no hubo discusión alguna y que las disposiciones fueron ideadas sólo entre Canterac y el Virrey, sin tomar en cuenta para nada las opiniones del resto.

1º.—La división de vanguardia, a órdenes de Valdés, conformada por los batallones Centro, Cantabria, Castro y 1º del Imperial, apoyada por dos escuadrones de Húsares de Fernando VII y por cuatro piezas de montaña, actuaría a la derecha y debía, en principio, desalojar al enemigo de una pequeña casa que promediaba el campo, para arremeter enseguida contra el grueso de la izquierda patriota.

2º.—La división Villalobos se situaría a la izquierda, y sus cinco batallones formarían en el orden siguiente:

—El Primer Batallón del 1er. Regimiento (Cuzco), al mando del coronel Rubín de Celis, había de aproximarse a la derecha de Sucre para conquistar una zona de seguridad, lo bastante profunda como para favorecer el lento y fatigoso descenso de la caballería y de las siete piezas de artillería restantes.

—El reducido batallón de Fernandinos (192 hombres) debería situarse en la cuesta, atrincherándose en una de las rugosidades del terreno.

—La reserva, compuesta por los dos batallones del regimiento Gerona, formaría al pie del anterior batallón.

—El segundo Batallón del Imperial Alejandro, culminaría esta formación en escalón, quedando a la expectativa de los movimientos del coronel Rubín de Celis.

“Esta disposición —dice Valdés— estaba muy bien concebida, pues quedaban prontos para obrar sobre el paraje que fuese necesario y en una posición ventajosa para servir de reunión a nuestras columnas en caso de ser rechazadas (60).

Por otro lado, ¿estuvo Valdés optimista aquel día? Algunos, como Rey de Castro en sus Recuerdos del Tiempo Heroico, nos dice que sí lo estuvo, y otros, como Ricardo Palma, afirman lo contrario. En todo caso, Valdés ha dejado testimonios escritos que prueban que tuvo muy buen concepto del citado plan de batalla.

(60) Conde de Torata. Ob. cit. Tomo III. Pág. 64.

3º.—Por el centro, Monet, con los batallones Burgos, Infante, Guías, 2º del Primer Regimiento y Victoria, debía descender a la llanura y acercarse al borde oriental del barranco que dividía el terreno, y formar allí sus contingentes, hasta que Valdés y Villalobos tuviesen sus sectores bien asegurados. El ataque de esta división, vendría a ser la fase culminante del plan.

4º.—La caballería, al mando de Valentín Ferraz, había de descender y situarse en la retaguardia de la infantería, en dos brigadas:

—La primera, comandada por el brigadier Andrés García Camba, apoyaría la izquierda de Monet con tres escuadrones de Dragones de la Unión y cuatro de Granaderos de la Guardia.

—La segunda brigada, al mando de don Ramón Gómez de Bedoya, se colocaría un poco más a la izquierda, es decir, apoyando a la división Villalobos. Estaba conformada por el escuadrón de San Carlos, el de Alabarderos de la Guardia del Virrey y dos de Dragones del Perú.

“Nuestra situación —añade Valdés— era tal, que podemos asegurar, sin peligro de ser desmentidos, que cien veces que se hallasen los generales más circunspectos y detenidos, en el caso en el que se hallaron los del Ejército Real en este día, otras tantas opinarían por el ataque, aún teniendo presente el éxito funesto que tuvo el de Ayacucho” (61).

Los aprestos en el campo patriota.

Sucre no había elaborado un plan definido, prefiriendo adaptarse al dispositivo realista, al que podía observar abiertamente desde sus líneas, por hallarse en la altura.

El ejército insurgente formó de la siguiente manera:

(61) Conde de Torata. Ob. cit. Tomo III. Pág. 63.

- A la derecha, la segunda división de Colombia, al mando de general Córdova, compuesta por los batallones Bogotá (coronel Galindo,) Voltijeros (coronel Guás), Pichincha (coronel Leal) y Caracas (coronel León).
- La división de La Mar, constituyó la izquierda patriota y se halló conformada por los batallones Legión Peruana (coronel Plaza), N° 1 (coronel Francisco de Paula Otero), N° 2 (coronel González), N° 3 (coronel Benavides) y los montoneros del coronel Marcelino Carreño (62).
- La primera división colombiana, a órdenes del general Lara, se situó al centro y constituyó la reserva del aparato bélico insurgente, con un total de 1,600 hombres. Esta división se hallaba compuesta por los batallones Rifles (coronel Sands) (63), Vencedor (coronel Luque) y Vargas (coronel Morán).
- La caballería patriota, bajo la dirección de Miller, se ubicó en los flancos de la división del centro. Se hallaba conformada por los regimientos de Granaderos y Húsares de Colombia (al mando de los coroneles Carvajal y Silva, respectivamente), por los Húsares de Junín (coronel Suárez) y por unos 80 Granaderos de los Andes (comandante Bogado).
- La artillería, compuesta por un solo cañón de corto alcance, que fue emplazado sobre el flanco izquierdo, hacia adelante, fue encomendada al comandante Fuentes.

(62) Algunos militares peruanos que combatieron en Ayacucho, llegaron a ser posteriormente Jefes de Estado. Ellos fueron: La Mar, Gamarra, Salaverry, Pezet, Torrico, Bermúdez, Castilla, Vivanco y San Román.

(63) Este batallón, compuesto primitivamente por ingleses, tuvo brillantísima participación en las acciones disputadas en territorio colombiano. Llegado al Perú, casi todos los europeos habían ya desaparecido, habiéndose cubierto las bajas con peruanos, en su mayoría indígenas. Entre los pocos sobrevivientes se hallaban Arthur Sands, jefe del batallón y antiguo oficial del ejército británico, los capitanes Miller Hallowes, Ferguson y Whittle. Miller' Memorias. Tomo II. Págs. 165 y s.

El general Agustín Gamarra era el jefe del E.M.G. y Ramón Castilla desempeñó el papel de su ayudante principal (64). El general O'Connor actuaba como segundo jefe del Estado Mayor.

Este era el dispositivo general de ambos ejércitos al darse inicio a la batalla decisiva. Sólo falta agregar que el ejército patriota estaba constituido por 4,500 colombianos, 1,200 peruanos y

(64) De la participación que tuvo Castilla en la campaña de 1824, podemos decir lo siguiente: Se sabe que Castilla, a pesar de ser oficial de caballería, no llegó a participar en la acción de Junín, debido a que, al hallarse en Tumbes preparando un escuadrón, fue tomado prisionero y llevado a Caraz con grillos. La explicación de esto, era que, unos días antes, Castilla había acudido a Otuzco por disposición del general La Fuente, a ponerse a órdenes del Libertador. Este último, en el acto de montar a caballo le dijo a Castilla: "entregue Ud. su escuadrón a..." (un jefe colombiano). Castilla contestó a Bolívar: "yo no he venido a entregar mi escuadrón, sino a ponerlo a las órdenes de V.E.". De aquí el enojo del Libertador. A pesar de todo, Bolívar ordenó que lo liberasen y lo puso a disposición de La Mar, quien lo incluyó en la División Peruana.

Participó en la batalla de Ayacucho y tiene fama de haber sido el primer peruano que penetró en el campo realista, sufriendo heridas de sable y de bala, al transmitir las órdenes del comando. Sucre lo consideró en el parte de la batalla "muy digno de una distinción singular". Castilla Estadista y Soldado. Instituto Libertador Ramón Castilla. Págs. 7 y s.

Palma nos narra el episodio del reencuentro con su hermano en el mismo campo de batalla: "... herido don Ramón en un brazo, fue conducido en camilla al hospital de sangre, donde se le colocó en un salón destinado para jefes. Así vencedores como vencidos. Terminada el cirujano de hacerle la primera curación, cuando se oyó una voz que preguntaba:

—¿Dónde está el comandante Castilla?

—Aquí, a la derecha —contestó don Ramón, a la vez que otro herido decía: Aquí, a la izquierda. Los dos hermanos, heridos en defensa de distinta bandera, estaban en el hospital de sangre, y, ¡coincidencia curiosa!, la lesión de ambos era en un brazo. Demás está decir que aquella tarde fue de fraternal reconciliación. Tradiciones Peruanas. Tomo V. Pág. 155.

80 argentinos, haciendo un total de 5,780 hombres (ateniéndonos a la palabra de Sucre). Los realistas contaban con una cantidad superior de soldados, muy difícil de precisar.

La mayoría de los historiadores que han estudiado este episodio de nuestra historia, coinciden en afirmar que el número de realistas ascendía a 9,310 hombres. Sin embargo, el general Valdés, en su exposición al Rey, consigna 5,876 infantes y 1,030 de caballería, es decir, un total de 6,906 hombres que defendieron aquel día el pabellón de Castilla. Esta cifra, notablemente más baja que la anterior, no deja de ser un tanto plausible, porque es sabido que las enfermedades y las deserciones estaban a la orden del día en el campo realista.

De todos modos, no existe duda de que en Ayacucho los realistas tenían alguna ventaja sobre los patriotas (ver documento N° 1).

Era grande la tensión y el nerviosismo en los instantes previos a la batalla. De este nerviosismo parecían haberse contagiado aún los caballos, que piafaban inquietos, como si presintieran importantes sucesos. El estado de ánimo que dominaba a la tropa era de gran expectativa y excitación. Los continuos movimientos de los jefes de los diferentes cuerpos y las músicas, acompañadas del clásico y marcial redoble de tambores, hacían a esta escena aún más impresionante.

El bravo y joven general Sucre, vestía levita azul cerrada, con botones dorados y sombrero apuntado, a la usanza de aquella época. Montado gallardamente sobre un fogoso corcel, recorría la línea en toda su extensión, arengando a los soldados quienes, llenos de orgullo y de fervor patriótico, prorrumpían en estruendos vivas al Libertador y a las repúblicas del Perú y Colombia.

El entonces teniente Juan Antonio Pezet, que asistió a la batalla como integrante de la Legión Peruana, nos relata que, al acercarse Sucre a la división de La Mar, pronunció las siguientes proclamas:

“¡Batallón número 2!

Me acompañasteis en Quito, vencisteis en Pichincha y disteis la libertad a Colombia. Hoy me acompañáis en Ayacucho; también vencereis y dareis libertad al Perú, asegurando para siempre la independencia de la América!”.

Después, dirigiéndose a los otros batallones que formaban la división peruana, exclamó:

“¡Legión peruana, si fuisteis desgraciada en Torata y Moquegua, salisteis con gloria y probasteis al enemigo vuestro valor y disciplina; hoy triunfareis y habreis dado libertad a vuestra patria y a la América”.

Terminadas de decir estas palabras, La Mar se adelantó y dijo: “Señor general, en este campo que yo he escogido triunfaremos antes de la una de la tarde; y aquí tomaremos una copa por las glorias que tendremos” (65).

Cuando hubo acabado de recorrer las formaciones, Sucre, el bravo Sucre, se colocó en una posición central y, alzando la espada y empinado sobre sus estribos, dirigió al ejército estas brillantes palabras:

“¡Soldados! ¡De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur!”.

Y, señalando como inspirado a las impresionantes masas enemigas que empezaban a descender del Condorcunca, añadió:

“¡Otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia!”.

Eran poco más de las diez de la mañana.

(65) Mariano Felipe Paz Soldán. Ob. cit. Documento Tradicional de la batalla de Ayacucho. Apéndice de documentos manuscritos. Pág. 408.

La batalla.

Valdés inició el movimiento, desalojando de la casita al pequeño destacamento patriota allí parapetado. Luego comenzó su avance hacia el barranco, objetivo que, pese a su deseo, no pudo alcanzar, por habérselo impedido la imprevista aparición de los montoneros a caballo del coronel Marcelino Carreño, quienes haciendo derroche de gallardía y de heroísmo inigualables, dieron tiempo para organizarse a los desprevenidos batallones de la división peruana que a su vez cargaron, aunque sin mucho éxito, pues hubieron de replegarse en orden ante el impetuoso empuje realista.

Mientras Valdés llamaba la atención por esta ala, Villalobos dispuso sus batallones tal como se había acordado, adelantando el primer batallón del Cuzco, que hizo retroceder a los guerrilleros de Córdova. Entretanto, en la retaguardia realista, se dio inicio al lento emplazamiento de la artillería y al descenso de la caballería y del resto de los infantes.

Al mismo tiempo en que estas maniobras eran ejecutadas, la artillería y los fusileros del ala derecha colonial rompieron un concentrado fuego que causó serios estragos en la división peruana, que aún se replegaba. Al enterarse Sucre, por intermedio del edecán de La Mar, de la crítica situación de aquel sector, decidió enviar al batallón Vencedor como refuerzo, mientras el Vargas y el Rifles quedaban en reserva. Con esta medida se contuvo momentáneamente el avance de los batallones realistas.

Al escuchar Joaquín Rubín de Celis, jefe del primer batallón de la izquierda, los primeros disparos de la artillería de Valdés, creyó que ésta era la señal del ataque general. Solicitó entonces al general Villalobos el permiso para avanzar, aduciendo tener órdenes directas de Canterac. Este vaciló unos instantes, accediendo finalmente a tan riesgoso pedido de su subordinado quien, sin tener en cuenta el factor numérico y el peligro que corría, se lanzó solo, sin apoyo alguno, temerariamente a la carga. Como es lógico de suponer, el batallón Cuzco se estrelló contra las com-

pactas masas patriotas, siendo puesto inmediatamente en desastrosa fuga (66).

Sucre decidió aprovechar este error, dando orden a Córdova de que acometiese sin dilación por aquel sector. Para el efecto, le destacó parte de la caballería de Miller. El joven y corajudo general granadino, apeándose del caballo y sosteniendo en su mano izquierda un blanco jipijapa guayaquileño, pronunció la célebre frase que la tradición ha inmortalizado: "¡Adelante! ¡Armas a discreción!... ¡Paso de vencedores!". Y, distribuyendo su división en dos férreas columnas paralelas al medio de las cuales se colocaron los jinetes, avanzó imponente al encuentro de Villalobos (67).

A casi cien pasos del enemigo los colombianos descargaron sus armas sobre ellos. Luego, ambas infanterías tomaron contacto en un sangriento choque de bayonetas que duró algunos minutos. La situación fue decidida finalmente por la caballería, a órdenes del coronel Silva (68). Ello hizo factible que Córdova prosiguiera su avance, arrollando en su trayecto a los restos del Cuzco y al Imperial, los cuales fueron deshechos casi sin disparar. Sólo el valiente escuadrón de San Carlos (que había logrado descender desde el inicio de la acción) se opuso tenazmente a los patriotas, siendo virtualmente deshecho en el intento.

Entretanto, Ferraz, con tres escuadrones realistas que habían logrado descender, recibió la orden de cargar. Los Granaderos y Húsares de Colombia los aguardaron formados y con sus enormes

(66) Joaquín Rubín de Celis falleció en la acción.

(67) Es preciso decir que la célebre frase de Córdova no tiene absoluta comprobación histórica. El hecho de que éste haya arengado a la tropa con algunas palabras, está puesto fuera de duda, pues los jefes tenían por costumbre hacerlo así. Una de estas proclamas, que es la que pronunció Lara ante el batallón Vargas, ha sido inmortalizada por Palma en sus Tradiciones.

(68) El bravo coronel Laurencio Silva, recibiría en la acción tres lanzazos, siendo ascendido —como se verá— a general de brigada en mérito a su brillante comportamiento.

lanzas en ristre. El choque fue violentísimo e hizo recordar en algo a Junín: en medio de una escena infernal, en la que se combinaban el metálico chasquido de los sablazos y los desgarradores alaridos de los combatientes heridos, los aguerridos realistas tuvieron finalmente que ceder, dejando sembrado el campo de decenas de cadáveres, en muchos de los cuales se notaba una grotesca y macabra posición que daba fé de la heroica resistencia que realizaron (69).

En un desesperado intento por restablecer la línea, Canterac atacó con los dos batallones del regimiento Gerona los cuales, a pesar de haber obtenido un éxito inicial fueron vencidos y dispersados en escasos minutos.

Los integrantes del batallón Fernando VII, que se hallaban en la falda del cerro, hicieron entonces fuego sobre Córdova. En respuesta, éste avanzó con su intrepidez característica, haciéndolos retroceder y desbandarse. Así se posesionó de aquel preciado sector, donde se hizo flamear el pabellón de Colombia, en medio del entusiasmo general.

Por el centro el Virrey, viendo los estragos que causaban los colombianos sobre su izquierda, dispuso que la división Monet—que aún permanecía intacta— traspusiera el barranco por brigadas. Al observar estos movimientos, Sucre ordenó que acudieran presurosos a ese sector los Húsares de Junín y los Granaderos de Colombia, apoyados a su vez por el batallón Vargas de la división Lara.

Estos cuerpos acometieron furiosamente contra la Primera Bri-

(69) Don Ramón Gascón y Loarte, en la crítica que hace a las Memorias de García Camba, refiere que el escuadrón de San Carlos no estuvo mandado por don Manuel de la Canal, sino por el coronel Villagra. Asimismo, refuta los datos consignados por éste con respecto a cuáles fueron los escuadrones que hicieron frente a los Húsares y Granaderos Colombianos. Ambos coinciden en que fueron tres los escuadrones, aunque Gascón y Loarte sostiene que fueron sólo de Granaderos de la Guardia, y García Camba, que fueron dos de la segunda brigada y uno de Granaderos.

gada Realista, a órdenes de Juan Antonio Pardo, siendo ella puesta en fuga y obligada a cruzar nuevamente el referido barranco, rompiendo la formación de la segunda brigada que fue también perseguida y dispersada por la caballería.

Cuenta Miller, que unos 25 Húsares peruanos montados sobre mulas de carga (pues habían perdido sus cabalgaduras en Corpahuaico), recibieron la orden de permanecer en la retaguardia, mientras el resto de sus compañeros iba a la carga. Esos valientes se negaron tajantemente a obedecer esta disposición y avanzaron resueltos hacia los realistas cambiando, poco después, sus mulas por caballos tomados a éstos.

En vano trataron los jefes realistas de reorganizar a los dispersos, quienes no hacían caso ni a las amenazas ni a las súplicas. El mismo Virrey, "cargado de años, de fatiga y de servicio, se lanzó como granadero en medio de las filas contrarias". Fue tomado prisionero del modo más extraño, por un oscuro sargento del batallón Voltijeros. (Ver Documento N° 2).

En el ala izquierda independiente, la victoria se mantenía aún indecisa. Los batallones peruanos, apoyados por el Vencedor y posteriormente por el Vargas (que había podido trasladarse a ese sector tras el choque con la brigada Pardo), resistían a las columnas de Valdés, quien no había llegado a enterarse de los últimos acontecimientos por lo incómoda de su posición. Cuando pudo observar que se le acercaba por el flanco el resto de las fuerzas victoriosas, formó desesperadamente en martillo, permitiendo rehacerse de esta manera a la división de La Mar. Cogido entre varios fuegos, tuvo que retroceder irremediablemente, en momentos en que sus formaciones empezaban a desmoronarse. Los batallones Vargas y Legión, junto con los Húsares de Junín cruzaron la quebradilla y emprendieron la persecución de los maltrechos virreinales, que huían por las depresiones aledañas en espantosa confusión.

"Valdés comprendió que todo estaba perdido, y preso de la desesperación, se apeó del caballo y se sentó sobre una gran piedra resuelto a esperar la muerte allí. Sus jefes y oficiales acuden solí-

citos a su alrededor; le suplican que les dé sus órdenes prometiendo cumplirlas; todo es en vano, hasta que uno de ellos observa que si no puede vencer por lo menos los puede salvar. Esta apelación oportuna a su generosidad, le devuelve los bríos y le pone de pie. Reune a los pccos que le quedan, se pone a su frente, y escoltado y envuelto por sus jefes que, espada en mano le forman una espesa muralla de acero, emprende la retirada perseguido por Morán, y se abre paso entre los colombianos, sembrando la muerte a su alrededor" (70).

A eso de la una de la tarde, luego de tres horas de continuo batallar, nada resistía ya a las armas patriotas.

Sucre encomendó la persecución de los dispersos a La Mar y a Lara.

En las alturas del Condorcunca, Valdés se reunió con los generales Canterac, Monet, Carratalá y Villalobos y con los Brigadieres García Camba, Pardo y otros. Estaban éstos acompañados por un grupo de más o menos doscientos jinetes. Aquí Valdés tuvo conocimiento de la prisión del Virrey y del consiguiente ascenso al mando de Canterac. Al poco rato, se incorporaron al grupo los brigadieres Atero, de ingenieros y Cacho, de artillería. Se inició así una improvisada junta de guerra en la que Canterac, como primer jefe, tomó la palabra para expresar su deseo de rendirse, aduciendo que no había nada más que hacer en el Perú, puesto que las guarniciones circundantes eran escasas y que Olañeta, además los hostigaba desde el Alto Perú.

Casi todos los jefes estuvieron de acuerdo con los argumentos de Canterac; pero Valdés y el valiente coronel Diego Pacheco opinaron que no deberían darse por vencidos. Más tarde desistieron definitivamente al enterarse, por intermedio de Somocurcio, de que los soldados naturales del país, reclutados a la fuerza por los virreinales, se resistían a obedecer a sus jefes, habiendo inclusive dado muerte al capitán Salas.

(70) Nemesio Vargas. Ob. cit. Cap. XXX. Pág. 245.

“Imposible sería pintar —dice García Camba— la sensación que tan tristes relatos causaron en el ánimo de todos los desgraciados circunstantes: un asesinato vil era ya el término probable del españolismo más puro: momento de terrible e inexplicable angustia del cual podrán sólo formarse una idea los hombres reflexivos, pundonorosos y sensibles. La confusión y la incertidumbre estaban retratados en el semblante de todos, y ninguno acertaba a proponer el arbitrio que convendría adoptar en tamañas circunstancias...” (71).

Empezaba a declinar el día, cuando La Mar se presentó en el campo realista, precedido por un ayudante, quien solicitó hablar con Canterac. Así, éstos jefes sostuvieron una breve conversación, después de la cual el español se dirigió donde sus camaradas a manifestarles que el general Sucre estaba dispuesto a concederles una capitulación honrosa (72).

Canterac y Carratalá bajaron entonces al campamento patriota, en donde se redactaron los primeros puntos de la capitulación. Una copia de ella fue enviada al campamento realista, en donde se aprobaron casi la totalidad de las cláusulas expuestas.

Al día siguiente, en la mañana, se presentaron García Camba y Valdés, con quienes se hicieron los arreglos definitivos del histórico acuerdo.

Aquella mañana, Miller vio acercarse a su cabaña, en compañía de Sucre, “a un oficial español; éste era de pequeña estatura, delga-

(71) García Camba. Memorias. Tomo II. Pág. 309.

(72) Juan Basilio Cortegana, en un artículo titulado “La verdad histórica acerca de la batalla de Ayacucho”, nos refiere que después de la batalla se presentó a La Mar un oficial español apellidado Repojo, que decía ser ayudante de Canterac, a manifestarle que si sería posible otorgarle una capitulación decorosa. La Mar respondió: “¿Y dónde está el general Canterac?”. A poco rato se presentó éste y entabló una breve conversación con el Mariscal peruano. El resto es similar a lo que la mayoría de los historiadores ha escrito. Continúa diciendo Cortegana que hubo gente que vio a Canterac bajar solo, con un pañuelo blanco en la punta de su espada, encontrando al poco rato al citado jefe patriota.

do y un poco inclinado hacia adelante, traía un sombrero de ala ancha de pelo de vicuña, una levita basta cenicienta, unos botines altos de pelo. Cuando llegó más inmediato, sus penetrantes ojos chispeaban y animaban un rostro tostado por la inclemencia del tiempo, pero sumamente interesante, y antes que Sucre tuviese tiempo de presentarlo corrió al frente algunos pasos y abrazó a Miller diciéndole: "Conozco quien es V. Yo soy Valdés. V. y yo debemos ser amigos" (73).

La Capitulación de Ayacucho.

Este documento fue firmado en Huamanga, el día 11 de Diciembre (aunque en éste aparezca la fecha 9), entre el Teniente General don José Canterac, "encargado del mando superior del Perú", y Sucre como General en Jefe del Ejército Unido.

El célebre convenio consta de 18 artículos, acordándose la entrega de todas las guarniciones realistas hasta el Desaguadero, con todos los pertrechos de guerra existentes. Los castillos del Callao se devolverían de la misma manera en un plazo de veinte días. Todos los prisioneros serían puestos inmediatamente en libertad, mientras que los heridos, recibirían la atención médica necesaria. Se respetarían las propiedades de los españoles ausentes, encargándose además el gobierno peruano de costear el valor de los pasajes a aquellos que desearan retornar. Los que decidieran quedarse, serían admitidos en sus mismos empleos y con el sueldo de siempre. Asimismo, el Estado reconocería la deuda contraída por el gobierno español en el Perú, reservándose el Congreso de la República el fallo al respecto. (Ver Documento N° 3).

"Más que la capitulación de un ejército en derrota —escribe Vargas Ugarte— se diría que es un tratado entre potencias iguales".

En efecto, nunca se mostró Sucre tan noble y longánimo como en aquella ocasión. Pudo imponer a los derrotados una entrega in-

(73) Miller. Memorias. Tomo II. Pág. 185 y s.

condicional, más creyó "digno de la generosidad americana conceder algunos honores a los rendidos que vencieron catorce años en el Perú".

Después de la batalla, quedaron en poder de los patriotas los Tenientes Generales La Serna y Canterac; los mariscales Valdés, Carratalá, Monet y Villalobos; los generales de brigada Ferraz, Bedoya, García Camba, Somocurcio, Cacho, Atero, Landázuri, Vigil, Pardo y Tur, con dieciséis coroneles, sesentiocho tenientes coroneles, cuatrocientos ochenticuatro mayores y oficiales, más de mil individuos de tropa, cerca de dos mil quinientos fusiles, la artillería y todos los elementos de guerra restantes.

Los realistas tuvieron 1,800 muertos y 700 heridos, mientras que los patriotas 300 perdieron la vida y 619 resultaron heridos.

No obstante lo generoso de las cláusulas de la capitulación, algunos jefes realistas no se mostraron conformes. Tal es el caso de Valdés, quien llegó a despachar algunas comunicaciones dirigidas a los jefes realistas de Parinacochas y de la Costa, para que se replegasen e intentaran unirse a la guarnición que estuviere más a su alcance (74).

Pocos días después de la acción, Canterac dirigió estas líneas a Bolívar:

"Excelentísimo señor Libertador don Simón Bolívar: Como

(74) En el libro Documentos Inéditos sobre la campaña de la independencia del Perú (Pág. 66 y s.) aparecen las contestaciones que hacen Cayetano Aballe (desde Corocoro) y Juan Bautista Arana (desde Caravelí) al general Valdés. El segundo en un oficio fechado el 26 de diciembre, le dice: "Quedo enterado de lo que v's. previene, reservadamente, y aseguro a v.s. que por mi parte estoy dispuesto a los mayores sacrificios con los que puede redundar en beneficio del rey nuestro señor y por lo tanto puede v.s. contar conmigo y con la parte del escuadrón que puedo conducir, bien sea para unirnos al señor general Olañeta o bien para marchar a Chiloé, según v.s. me insinúe y por lo tanto estaré pronto a su aviso. Dios guarde a v.s. muchos aos. Juan Bautista Arana.

amante de la gloria, aunque vencido, no puedo menos que felicitar a vuecelencia por haber terminado su empresa en el Perú con la jornada de Ayacucho. Con este motivo, tiene el honor de ofrecerse a sus órdenes y saludarle en nombre de los generales españoles, este su afectísimo y obsecuente servidor que sus manos besa, José de Canterac.— Huamanga, a 12 de Diciembre de 1824" (75).

Consideraciones.

Podemos resumir las causas del descalabro realista en tres puntos básicos:

El primero se relaciona con varios errores estratégicos que cometió el Virrey, quien creyó favorecer a sus tropas situándolas en un lugar en que pudieran atacar descendiendo de la altura, sin tener en cuenta que el llano se hallaba limitado por profundas quebradas que impedían un total y rápido desenvolvimiento de la caballería y aseguraban los flancos del dispositivo patriota.

(75) La contestación de Bolívar fue la siguiente: "Al señor General don José de Canterac (Lima, diciembre de 1824).

He recibido la favorecida carta de Ud. con infinita satisfacción. Ud. me cumplimenta por los sucesos de nuestras armas. A la verdad, este rasgo es generoso y digno, por lo mismo, de gratitud. Yo no puedo hacer a Ud. la misma agradable congratulación, pero puedo decir que la conducta de Uds. en el Perú como militares merece el aplauso de los mismos contrarios. Es una especie de prodigio lo que Uds. han hecho en este país. Uds. solos han retardado la emancipación del Nuevo Mundo dictada por la naturaleza y por los destinos. En fin, querido General, Uds. deben consolarse de que han cumplido gallardamente su deber, y de que han terminado su carrera por una capitulación gloriosa en el Perú.

Suplico a Ud. se sirva ofrecer mis sinceros respetos al señor general La Serna, cuyas heridas aunque dolorosas, lo cubren de honor. Al señor general Valdés y demás generales españoles hágalos Ud. de mi parte la oferta de mis servicios y de mi consideración. Mando los pasaportes que se me han pedido en los términos correspondientes. Soy, etc. etc. Simón Bolívar.

Respecto a la quebradilla que dividía el terreno por el centro y la izquierda insurgentes, podemos decir que ni Sucre ni La Serna se preocuparon en reconocerla detalladamente, especialmente este último, quien debió haber aprovechado la noche en ocuparla y en preparar el emplazamiento de la artillería del ala izquierda, que ni siquiera llegó a ser utilizada.

Por otro lado, el plan de ataque que elaboraron los jefes realistas, se hallaba —según la opinión de Valdés— bien concebido y explicado, sin que ocurriera en su ejecución otra falta que el inesperado avance del primer batallón de la izquierda, lo que atrajo la atención de Sucre hacia ese sector, permitiéndole distribuir de manera eficaz su reserva.

El segundo punto se refiere a la dudosa fidelidad de las tropas coloniales que, luego del primer encuentro, se negaron rotundamente a seguir combatiendo.

García Camba escribe al respecto:

“Aterrorizados los soldados de una manera inexplicable por un desenlace inesperado y del cual estaban muy distantes sus creencias, sólo atendían a dispersarse por entre las breñas, arrojando muchos las armas, las fornituras, las casacas y los morriones para tomar con mayor desembarazo la dirección que más cuadraba al intento de restituirse unos a sus casas y de volverse otros a las filas enemigas a que antes habían pertenecido” (76).

En una circular fechada el 1º de Julio de 1830, en la que Cante-rac habla de los sucesos del Perú, se dice lo siguiente:

“Si asimismo la totalidad de los soldados que componían el Ejército del Norte, excepto el pequeño número de europeos, no eran forzados o prisioneros hechos al enemigo, de tal modo que se hacía forzoso acampar siempre por batallones en cuadro, encerrando en él a los soldados sin permitirles salir para las urgencias más

(76) García Camba. Memorias. Tomo II. Pág. 307.

precisas, sin cuyas precauciones desertaban, como lo probaba la experiencia, y se puede asegurar que los soldados del Perú eran guardados tan cuidadosamente como pueden serlo en España los presidiarios, llegando a tanto el aborrecimiento que tenían a su estado, que muchos de ellos al paso de puentes o despeñaderos, se arrojaban a una muerte cierta para sustraerse del servicio" (77).

La explicación a estos acontecimientos es lógica, pues los soldados fueron reclutados a la fuerza, a pesar de que gran cantidad de ellos se hallaba a favor de los independientes. No es extraño, pues, que llegado el momento oportuno hayan optado por obedecer a sus propias convicciones.

El bizarro desempeño de los integrantes del Ejército Unido, constituye la tercera y última causa del desastre virreinal. Todos los integrantes del bando insurgente —desde el general en jefe hasta el último guerrillero— demostraron un tesón y valentía inigualables a lo largo de todo el combate.

Fueron tres los que más se distinguieron en esta jornada. El primero de ellos fue, sin lugar a dudas, La Mar, quien resistió por su sector el demoledor ataque de la división que mandaba el héroe de Torata. Es necesario aclarar que el comportamiento del citado Mariscal y de la división peruana, en general, constituyó a la larga la línea en torno a la cual se elaboró la victoria. Así lo aseveran con justísima razón algunos prestigiosos historiadores como Cortegana, Valega y Vargas Ugarte. Este último dice:

"De haber flanqueado aquel general (Valdés) al ejército patriota y obtenido su objetivo, toda la línea se habría visto comprometida y la reserva y la artillería realistas habrían podido intervenir con más eficacia. Sucre supo aprovechar esta resistencia para desbaratar, primero, la izquierda enemiga, y luego el centro, haciendo para ello uso de toda la caballería, a la cual le fue fácil arrollar a la infantería en el llano de la Quinua y aún cruzar el barranco que corre

(77) Conde de Torata. Ob. cit. Tomo IV. Pág. 236.

a lo largo de las faldas del Condorcanqui que es de mediana profundidad" (78).

El segundo personaje del encuentro fue José María Córdova, quien se distinguió en la lucha por realizar, con incontenible furia, un ataque que destrozó por completo a Villalobos y que comprometió notablemente el centro realista. Su célebre avance no tuvo casi interrupciones por lo que, en el parte oficial de la acción, se dice que "todo plegó a su frente" (79).

Y, por último, Sucre el vencedor de Pichincha y mano derecha del Libertador, tuvo en esta batalla ocasión de demostrar, una vez más, su acostumbrado y brillantísimo genio militar.

Sin restar méritos a la totalidad de los jefes que indudablemente combatieron con denodado arrojo, creemos que es un acto de justicia destacar el mérito de los tres jefes antes mencionados y considerarlos como pilares del éxito que afianzó, en el campo de Ayacucho, la libertad de un continente.

"En toda América —dice Emil Ludwig— el nombre de Bolívar quedó unido a esta victoria, pero no a consecuencia de su táctica, sino por el poder de la leyenda, cuyo profundo sentido hizo del verdadero libertador el héroe de una batalla donde no se había encontrado. Los peruanos levantaron una estatua ecuestre a Bolívar, colocaron su retrato en todas las alcaldías, lo nombraron Padre de la Patria, concediéndole de por vida los honores de presidente; su fama se esparció por todo el continente con mayor auge que después de todas las campañas y batallas donde realmente había vencido; en Europa se ignora de tal modo el nombre de Sucre, que un historiador contemporáneo ha escrito que se lo han dado a una ciudad de Bolivia, a causa de las plantaciones de caña de azúcar existentes allí".

(78) Rubén Vargas Ugarte. Ob. cit. Tomo VI. Pág. 362.

(79) En el mismo campo de batalla, Córdoba y Lara fueron ascendidos a generales de división; Leal, Guás y Cuervo, a coroneles efectivos; y Trinidad Morán a coronel graduado.

El 16 de Diciembre, don Antonio Alvarez, Presidente de la Audiencia del Cuzco, recibió un parte firmado por el comandante García, en el que se le informaba de la destrucción del ejército de La Serna en Ayacucho. Aquella noche, Alvarez se reunió con sus oidores en sesión de emergencia. En ella decidieron nombrar como nuevo Virrey a don Pío Tristán, por ser el Mariscal de Campo más antiguo. Asimismo, enviaron comunicaciones a Olañeta en el Alto Perú y a Maroto en Puno. En cuanto a Pío Tristán, debía dirigirse lo antes posible al Cuzco y reunir cuanta tropa dispersa encontrase, para organizar así la resistencia.

En Arequipa, el día 23, el nuevo Virrey recibió la noticia de su nombramiento y se dispuso a afrontar tan grande responsabilidad. Tras intentar infructuosamente de llegar a un entendimiento con Olañeta y, comprendiendo que toda resistencia era inútil, desistió de sus empeños. Así, cuando el coronel Francisco de Paula Otero avanzó a someterlo, el anciano se retiró del mando, sin ofrecer resistencia alguna.

Pronto se dieron cuenta Alvarez y Maroto de que todo estaba irremediablemente perdido: los Granaderos de la Guardia se habían rebelado en Sicuani, habiendo optado por lo mismo las guarniciones de Lampa y de Mollepata. Muchos miles de hombres se disolvieron ante el sólo rumor del desastre de la Quinua (80).

La noticia del éxito se extendió rápidamente por todo el territorio patrio. Así lo atestiguan los entusiastas partes que se cursaban. A continuación, reproducimos algunos párrafos de la comunicación que fue enviada por Fermín Lino Enríquez (Gobernador de Palpa) a Antonio Gutiérrez de la Fuente, el 16 de Diciembre:

“A esmero de mis fatigas y desvelos tengo el placer de dirigir a u.s. la plausible noticia que acabo de recibir por el propio Ro-

(80) Cuando se tuvo conocimiento del avance de Gamarra hacia el Cuzco, sólo el teniente coronel Vicente Miranda, al mando de la guarnición de Mollepata, se dispuso a resistir. Más tarde tuvo que ceder, presionado por el mariscal Alvarez.

mualdo Amézquita, que ha regresado de Huamanga, y que dice lo siguiente: Se ha dado en Huamanga una acción muy sangrienta: su conclusión fue en Quinua; su resultado fue quedar en la aduana de Huamanga, presos La Serna, Canterac, Valdés, Carratalá, Monet, Aspirós, Bedoya y Ferraz, comandantes, coroneles y todos los oficiales. El pueblo de Huanta que se rebeló ha padecido la pena correspondiente a su delito; las indias de esos pueblos han sido premiadas porque a porfía se empeñaron en cooperar a las maniobras del ejército libertador...".

Otro comunicado dice: "... acabamos de recibir las importantes y lisonjeras noticias de la entera destrucción y total pérdida del ejército español en Huamanguilla que creíamos cerca de Huamanga. En el momento se ha ordenado un repique general de campanas y estamos dando otras providencias para que este benemérito pueblo despliegue su patriotismo y viva la complacencia que ha manifestado. No pasamos adelante por demorar el expreso y hablando más claro porque sin aguardiente nos hemos embriagado todos ..." (81).

El 24 de Diciembre, Gamarra entró triunfalmente en el Cuzco al frente de la división de Vanguardia, cinco días después, hacía lo mismo el general Sucre. En su primera proclama, les dijo:

"Cuzqueños: al pisar vuestra patria, mi corazón ha tenido las emociones más sensibles: he visto cumplidos vuestros deseos, y satisfechos los votos del ejército unido: en los campos sagrados de Junín y Ayacucho quedaron rotas para siempre las cadenas que os ataban a un poder extraño. Dejasteis eternamente de ser españoles: sois ya Peruanos: sois libres".

Después de haber intentado embarcarse infructuosamente en Caravelí, todos los miembros de la comitiva virreinal marcharon a Quilca en donde, el 3 de Enero, se embarcó La Serna a bordo de la

(81) Documentos inéditos sobre la campaña de la independencia del Perú. Pág. 64 y s. El segundo fragmento corresponde al oficio que enviaron el 17 de diciembre, Fulgencio Guerrero y Flavio Plaza (comandante de Ica), al comandante general de la costa sur.

fragata mercante francesa *Hernestine*, que se dirigía a Europa. Lo acompañaban los generales Valdés, Villalobos y Maroto; los brigadieres Landázuri, Ferraz, el coronel Santa Cruz y varios subalternos y compatriotas. "La escuadra despidió al Virrey con una salva de artillería; últimos honores que recibía el último mandatario del Perú colonial...".

Zarparon también los bergantines *Aquiles* y *Constante*, el transporte *Clarigton* el navío *Asia*, hallándose entre los pasajeros de este último los brigadieres Andrés García Camba y Mateo Ramírez.

La travesía de estos últimos cuatro barcos fue desastrosa y ninguno llegó a su destino. El 10 de Marzo se sublevaron en la rada de Umatac (las Marianas), las tripulaciones del *Asia* y del *Constante*, los cuales zarparon el 11 de Marzo no sin antes incendiar al transporte *Clarington*. El *Aquiles* corrió la misma suerte, ya que el día 13 se hizo a la mar enarbolando el pabellón de la República de Chile, gobierno al cual se entregó. El *Asia* y el *Constante* hicieron lo mismo en México.

La *Hernestine* fue alcanzada el 6 de Enero, en la noche, por el bergantín de guerra chileno *Galvarino*, el que llegó a dispararle algunos cañonazos, obligándola a detenerse. Subió entonces a bordo el segundo comandante de aquella nave, manifestándole al capitán Mr. Dugen, que tenían órdenes de conducir su barco nuevamente hacia Quilca. Esto dió lugar a airadas protestas por parte del Virrey y de los demás jefes realistas, quienes le mostraron sus pasaportes. Concluido este lamentable incidente, la fragata francesa prosiguió su rumbo en libertad (82).

El 18 de Diciembre, llegó a manos de Bolívar la carta en la que Santa Cruz le informaba de los halagadores sucesos de la Quinua. Estas noticias le causaron una explosión de júbilo que se desbordó en manifestaciones desusadas de alegría: Quitándose de encima el dolmán y el sable, como para significar que ya no los necesitaría más, empezó a danzar por la pieza que ocupaba, gritando emocionado: "¡Victoria, victoria, victoria...!".

(82) Mariano Felipe Paz Soldán. Ob. cit. Cap. XXI. Pág. 290 y s.

Transcurridos algunos instantes, le comunicó a O'Leary y a sus demás acompañantes el contenido del oficio que lo puso en semejante estado.

Por Decreto del 27 de Diciembre, el Libertador dispuso que todos los cuerpos del Ejército Unido recibieran desde aquel día la denominación de Gloriosos y a cada uno de sus integrantes el título de Benemérito a la Patria en grado eminente, concediéndoles además el uso de unas medallas conmemorativas. Los lisiados y los familiares de los fallecidos en la campaña, recibirían gratificaciones y preferencias. Asimismo debía levantarse en el campo de Ayacucho una columna que perennizase el magno suceso (83).

Córdova y Lara fueron ratificados en sus ascensos a generales: de división (más tarde lo serían Miller y Gamarra). Los coroneles Lucas Carvajal, Laurencio Silva, Arthur Sands y Francisco de Paula Otero alcanzaron el grado de generales de brigada.

Sucre ostentaría, desde entonces, el título de Gran Mariscal de Ayacucho.

Dos días antes, Bolívar dirigió a los bravos del ejército esta célebre proclama:

(83) Al respecto se decía: "En el campo de batalla de Ayacucho se levantará una columna consagrada a la gloria de los vencedores. En la cima de esta columna se colocará el busto del benemérito general Antonio José de Sucre, y en ella se grabarán los nombres de los generales, jefes, oficiales y cuerpos en el orden y preeminencia que les corresponde. La gratitud del pueblo y del gobierno se esforzarán en prodigar la riqueza, el gusto y la propiedad en la erección de esta columna".

Este monumento todavía no se ha erigido. Dice Paz Soldán, que durante el gobierno del general Pezet se promovió un concurso al respecto (28 de octubre de 1863). La Dirección de Obras Públicas escogió la del arquitecto francés Maximiliano Mimey. Debía ser construido de granito y de bronce y su costo ascendía a 260,000 pesos. La guerra con España impidió esta realización. M. F. Paz Soldán. Ob. cit. Cap. XX. Pág. 288.

“Soldados: Habeis dado la libertad a la América Meridional, y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria, ¿Dónde no habeis vencido?.

La América del Sur está cubierta de los trofeos de vuestro valor; pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todos.

Soldados: Colombia os debe la gloria que nuevamente le daís, el Perú vida, libertad y paz. La Plata y Chile también os son deudores de inmensas ventajas. La buena causa: la causa de los derechos del hombre, ha ganado con vuestras armas su terrible contienda contra los opresores. Contemplad, pues, el bien que habeis hecho a la humanidad con vuestros heroicos sacrificios.

Soldados: Recibid la ilimitada gratitud que os tributo a nombre del Perú. Yo os ofrezco igualmente, que sereis recompensados como mereceis, antes de volveros a vuestra hermosa patria. Mas ¡no! jamás sereis recompensados dignamente: vuestros servicios no tienen precio.

Soldados peruanos: vuestra patria os contará siempre entre los primeros salvadores del Perú.

Soldados colombianos: centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo” (84).

Esta fue la etapa culminante de la guerra, en la que Bolívar alcanzó definitivamente el pináculo de la fama. Era el final de su magna tarea emancipadora, que emprendiera muchos años atrás, y a la que dedicó los mejores años de su vida. Obra portentosa que costó sacrificios, privaciones, profunda dedicación y hasta lágrimas; y que nos debe servir para tener presente cada día la memoria de quien fuera el más genial de los hombres políticos hispanoamericanos.

(84) Bolívar hizo una segunda proclama, la cual, dice Paz Soldán, fue duramente criticada por algunos periódicos de la época, por contener una áspera reprimida” a Chile, Buenos Aires y, en especial, al Perú. Ob. cit. Cap. XX. Pág. 287.

Documentos

1875

DOCUMENTO N° 1

Estado de la fuerza que tuvo el Ejército Real del Perú, el día 9 de diciembre de 1824, en Ayacucho.

Infantería.

Cuerpos:

| | |
|-----------------------------------|-------|
| Dos batallones del Gerona | 900 |
| Dos batallones del Imperial | 796 |
| Dos batallones del Cuzco | 829 |
| Un batallón del Infante | 444 |
| Un batallón de Burgos | 540 |
| Un batallón de Guías | 240 |
| Un batallón de Victoria | 392 |
| Un batallón de Fernando VII | 196 |
| Un batallón de Castro | 495 |
| Un batallón de Centro | 464 |
| Un batallón de Cantabria | 580 |
| Fuerza Total | 5.876 |

Caballería.

Cuerpos:

| | |
|---|-------|
| Escuadrones de Granaderos de la Guardia | 380 |
| Escuadrones de Dragones de la Unión | 248 |
| Escuadrones de Dragones del Perú | 146 |
| Escuadrones de Húsares de Fernando VII | 124 |
| Escuadrones de Lanceros de San Carlos | 86 |
| Compañía de la Guardia del Virrey | 46 |
| | |
| Fuerza Total | 1.030 |
| | |
| TOTAL GENERAL | 6.906 |

Fuente: Conde de Torata. Documentos para la Historia de la Guerra Separatista del Perú. Tomo I. Exposición que dirige al Rey Don Fernando VII, el Mariscal de Campo don Jerónimo Valdés sobre las causas que motivaron la pérdida del Perú. Documento 88. Pág. 250.

DOCUMENTO N° 2

Relato de la Prisión del Virrey La Serna, narrado por el ejecutor de ella, el Sargento Pantaleón Barahona (1).

(Carta dirigida al Teniente Coronel Juan Basilio Cortegana, con fecha 31 de agosto de 1847).

Muy señor mío y antiguo compañero:

Antes de ahora no he podido complacer a Ud., respecto de lo que me dijo en el puente, el otro día, por haber estado un poco

(1) D. Manuel Pontón, colombiano, perteneciente al batallón Voltijeros, es atribuido por algunos historiadores como el verdadero captor de La Serna. La narración de éste nos ofrece algunos pasajes similares a los referidos por Barahona, añadiendo que por esta acción fue ascendido en el mismo campo de batalla a Teniente. Sin embargo, Sucre no hace mención de ninguno de los dos en el parte oficial de la acción.

enfermo: hoy que ya me encuentro restablecido, lo verifico con gusto sin añadir ni quitar nada de cuanto ocurrió conmigo y el Virrey La Serna en la memorable batalla de Ayacucho.

Sabía Ud. que cuando nuestras guerrillas fueron batidas por los españoles, trataron muy mal a la compañía de Cazadores del batallón Vencedor con cuyo motivo el General en Jefe Sucre, ordenó que saliese una compañía del centro del batallón Voltijeros a proteger a los cazadores de dicho Vencedor, al mando del muy bizarro Capitán Francisco Coquis; quien habiéndonos mandado desplegar en guerrillas nos hizo marchar de frente sobre los enemigos hasta que estuvimos a tiro de pistola, entonces rompimos el fuego y lo seguimos cargando a la bayoneta junto con las demás guerrillas que se nos reunieron en número de 500 cazadores y también porque nos seguía la división Córdova protegiéndonos. De tal manera, apoyados por esta respetable masa, y unidos a ella, arrollamos la división Villalobos y contuvimos a los cazadores con la carga hasta subir el Condorcunca y la división Córdova se quedó todavía al pie en éste, peleando con los restos de Villalobos y las columnas de la división de Canterac y Monet; después de haber tomado alguna parte de altura, encontramos muchos hombres que parecían paisanos; pero que en verdad no eran otra cosa que el mismo Virrey con todo su Cuartel General, llegados que fuimos donde ellos en medio de los gritos de nuestra tropa, el estrépito de los tiros y la confusión de los que huían, me ocupé de verles la cara a uno por uno, por estar yo inmediato a ellos y conocí al momento al indicado Virrey; entonces le dije en alta voz a los cazadores: "¡Allí está el Virrey! ¡Tómenlo!". A cuyas palabras que oyó el general La Serna, fijó los ojos en mí; mas como él vio que nadie se quería ocupar de él, trató de ponerse a salvo, tomando un camino que le quedaba a su derecha, y seguía a donde estaba la otra mitad de su ejército peleando: yo que tenía un obstáculo de malezas de arbusto por delante y que en este momento me embarazaba para poder correr sobre él y tomarle, no quise que se fuera sin que llevase una señal de mi parte; al efecto, levanté mi fusil, que era bastante bueno, y le hice un tiro al que con mucha casualidad lo eludió cayendo a tierra enredado de sus espuelas, entonces corrí sobre él y lo en-

contré sentado; al llegar me dio la mano apretándomela fuertemente, al mismo tiempo que me hizo una señal masónica en su auxilio; pero como todavía estaba la mitad del ejército español en el campo batiéndose, lo tomé del poncho y lo bajé a ponerlo en seguridad; y habiendo andado como cuadra y media se sentó diciendo que quería descansar, en cuyo tiempo subían ya el cerro los batallones Bogotá, Voltijeros, Pichincha, y encontrándome el comandante D. Rafael Cuervo, Comandante General de la línea de las guerrillas, me dirigió la palabra en estos términos: "Barahona: ya está Ud. bien recomendado al General Córdova y al General Sucre por su valiente comportamiento".

Y pasó, mas en estos momentos que todavía pasaba otra guerrilla nuestra con los fusiles bajos y con la bayoneta armada de las que un soldadito de Huaraz le tiró un bayonetazo que si no le meto yo mi fusil lo hubiera pasado por los sentidos, y por cuya defensa que le hice, sólo le alcanzó la punta de la bayoneta a herirle el labio de la oreja derecha de lo que corrió sangre sobre su poncho a la cual viéndola dijo: "Me ha sacado sangre de mi cuerpo, acábame de matar"; yo que oí ésto y que todavía nos faltaba vencer a las tropas realistas que trataban de rehacerse sobre el Concondunca y que nuestros cuerpos habían sufrido mucho en lo terrible del choque, me interesó en que bajase pronto a lo que por primera vez se resistió; entonces llamé a cuatro cazadores y les dije: "Si el señor no quiere bajar a donde lo quiero llevar, fusílenlo".

Al efecto, prepararon los soldados sus armas, y al oír ésto el Virrey, inmediatamente se puso en marcha; a pie en tierra bajó el cerro hasta que con casualidad encontró a un húsar de los de Fernando VII que había muerto, sentado en su silla sin haberse caído al suelo, al que lo paré por interés del caballo que trataba de subir la cuesta discrecionalmente.

El húsar había estado enredado en los estribos y las manos sobre la cabeza de la silla con el cuerpo bañado en sangre y cuya cabeza parecía que la habían abierto con una sierra; pues los sesos se le movían; entonces le dije al Virrey: "Vea Ud. señor hasta dón-

de han conducido ustedes a sus soldados". El Virrey lo veía con atención y sin decir nada: entonces tomé el caballo del húsar, y lo hice montar hasta el pie del cerro en donde encontré al General Córdova quien me dijo: "Sargento, vuelva Ud. para arriba a su compañía". Y mi respuesta fue decirle: "Mi General, yo he tomado preso al Virrey y quiero presentarlo personalmente al señor General en Jefe Sucre". A lo que me impuso diciendo: "Entregue Ud. al prisionero a estos señores oficiales del batallón Bogotá, que ya conozco a Ud. y le ofrezco hacerle dar una gratificación por el Gobierno". Y así lo hice obedeciendo al instante, regresándome con los cazadores que me acompañaban a incorporarme a mi compañía y el Virrey quedó como lo dispuso el expresado General Córdova que le llevaron a presentarlo al señor General en Jefe Sucre (2).

Pero sí diré a Ud. que el referido Virrey tuvo consigo sus cintos de onzas de oro sellados: cada cinto entiendo que no bajaría de quinientas o más onzas: tuvo dos relojes de oro montados en diamantes y brillantes con sellos y cadenas del mismo metal y pedería; tuvo una soberbia espada de vaina y puño de oro; una casaca toda guarnecida y bordada en oro, con todas sus cruces, de medallas de sus condecoraciones, cubierto con un poncho café de

-
- (2) El Virrey sería conducido a la iglesia de la Quínua, convertida en hospital de sangre. Lo encontraron allí Sucre, Córdova y otros jefes, quienes lo condujeron a una casa un poco más cómoda. "Cuando Miller (a eso de la media noche) entró, halló al Virrey sentado en un banco y recostado contra la pared de barro de la choza. Un corto reflejo de la llama de una pequeña lámpara de barro, esparcía luz únicamente para que pudiesen percibirse sus facciones, a las cuales en parte hacían sombra sus venerables canas, teñidas aún en algunas partes con sangre de la herida que había recibido. Su persona alta y en todos tiempos noble parecía en aquel momento aún más respetable e interesante. La actitud, la situación y la escena, todo reunido era precisamente lo que un pintor histórico habría escogido para representar la dignidad de pérdidas grandezas". (Miller. Memorias. Tomo II. Pág. 182).

seda y unas espuelas de plata que por lo menos valdrían sus dos onzas: nada le quité y él, tan mezquino que a mi trato tan considerado como el que no hubiese esperado en circunstancias tales, tampoco me regaló nada.

Por éste mi comportamiento el único que me regaló mil quinientos pesos en Bolivia fue el General Sucre, diciéndome: "Que esa suma me la daba no por compensación de lo que había aprisionado al Virrey porque esta acción no tendría precio, sino porque era demostración suya a mi sagaz comportamiento para con éste".

Esto es cuanto ocurrió con dicho Virrey La Serna en el referido campo de Ayacucho y con los referidos señores generales Córdova y Sucre en él y después de él; y lo que expongo como verdad de lo que aconteció.

Su affmo. y antiguo camarada
Pantaleón Barahona

DOCUMENTO N° 3

La Capitulación de Ayacucho

“Don José Canterac, teniente de los reales ejércitos de S.M.C., encargado del mando superior del Perú por haber sido herido y prisionero en la batalla de este día el excelentísimo señor virrey don José de La Serna; habiendo oído a los señores generales y jefes que se reunieron después que el ejército español, llenando en todos sentidos cuanto ha exigido la reputación de sus armas en la sangrienta jornada de Ayacucho y en toda la guerra del Perú, ha tenido que ceder el campo a las tropas independientes; y debiendo conciliar a un tiempo el honor a los restos de estas fuerzas, con la disminución de los males del país, he creído conveniente proponer y ajustar con el señor general de división de la República de Colombia, Antonio José de Sucre, comandante en jefe del ejército unido libertador del Perú, las condiciones que contienen los artículos siguientes:

- 1º El territorio que guarnecen las tropas españolas en el Perú será entregado a las armas del ejército libertador hasta el Desaguadero, con sus parques, maestranzas y todos los almacenes militares existentes.
- 1º Concedido; y también serán entregados los restos del ejército español, los bagajes y caballos de tropas, las guarniciones que se hallen en todo el territorio y demás fuerzas y objetos pertenecientes al gobierno español.
- 2º Todo individuo del ejército español podrá libremente regresar a su país, y será de cuenta del Estado del Perú costearle el pasaje, guardándole entretanto debida consideración y socorriéndole a lo menos con la mitad de la paga que corresponda mensualmente a su empleo, interín permanezca en el territorio.
- 2º Concedido; pero el gobierno del Perú sólo abonará las medias pagas mientras proporcione transportes. Los que marcharen a España no podrán tomar las armas contra la América mientras dure la guerra de la independencia, y ningún individuo podrá ir a punto alguno de la América que esté ocupada por las tropas españolas.
- 3º Cualquier individuo de los que componen el ejército español será admitido en el Perú en su propio empleo, si lo quisiere.
- 3º Concedido.
- 4º Ninguna persona será incomodada por sus opiniones anteriores, aun cuando haya hecho servicios señalados a favor de la causa del rey, ni los conocidos por pasados; en este concepto, tendrán derecho a todos los artículos de este tratado.
- 4º Concedido; si su conducta no turbare el orden público, y fuera conforme a las leyes.

- 5º Cualquier habitante del Perú bien sea europeo o americano, eclesiástico o comerciante, propietario o empleado, que le acomode trasladarse a otro país, podrá verificarlo en virtud de este convenio, llevando consigo su familia y propiedades, prestándole el Estado protección hasta su salida; si eligiere vivir en el país, será considerado como los peruanos.
- 5º Concedido, respecto a los habitantes en el país que se entrega y bajo las condiciones del artículo anterior.
- 6º El Estado del Perú respetará igualmente las propiedades de los individuos españoles que se hallaren fuera del territorio, de los cuales serán libres de disponer en el término de tres años, debiendo considerarse en igual caso las de los americanos que no quieran trasladarse a la Península, y tengan allí intereses de su pertenencia.
- 6 Concedido como el artículo anterior, si la conducta de estos individuos no fuese de ningún modo hostil a la causa de la libertad y de la independencia de América, pues en caso contrario, el gobierno del Perú obrará libre y discrecionalmente.
- 7º Se concederá el término de un año para que todo interesado pueda usar el artículo 5º, y no se le exigirá más derecho que los acostumbrados de extracción, siendo libres de todo derecho las propiedades de los individuos del ejército.
- 7º Concedido.
- 8º El Estado del Perú reconocerá la deuda contraída hasta hoy por la hacienda del gobierno español en el territorio.
- 8º El Congreso del Perú resolverá sobre este artículo lo que con venga a los intereses de la república.

- 9º Todos los empleados quedarán confirmados en sus respectivos destinos, si quieren continuar en ellos, si alguno o algunos no lo fuesen, o prefiriesen trasladarse a otro país, serán comprendidos en los artículos 2º y 5º.
- 9º Continuarán en sus destinos los empleados que el gobierno guste confirmar, según su comportamiento.
- 10º Todo individuo del ejército o empleado que prefiera separarse del servicio, y quedarse en el país, lo podrá verificar, y en este caso sus personas serán sagradamente respetadas.
- 10º Concedido.
- 11º La plaza del Callao será entregada al ejército Unido libertador, y su guarnición será comprendida en los artículos de este tratado.
- 11º Concedido; pero la plaza del Callao, con todos sus enseres y existencias, será entregada a disposición de S.E. el Libertador dentro de veinte días.
- 12º Se enviarán jefes de los Ejércitos Español y Unido libertador a las provincias unidas para que los unos reciban y los otros entreguen los archivos, almacenes, existencias y las tropas de las guarniciones.
- 12º Concedido; comprendiendo las mismas formalidades en la entrega del Callao. Las provincias estarán del todo entregadas a los jefes independientes en quince días, y en los pueblos más alejados en todo el presente mes.
- 13º Se permitirá a los buques de guerra y mercantes españoles hacer víveres en los puertos del Perú, por el término de seis

meses, después de la notificación de este convenio, para habilitarse y salir del mar Pacífico.

- 13º Concedido; pero los buques de guerra sólo se emplearán en sus aprestos para marcharse, sin cometer ninguna hostilidad, ni tampoco a su salida del Pacífico; siendo obligados a salir de todos los mares de la América, no pudiendo tocar en Chile, ni en ningún puerto de América ocupado por los españoles.
- 14º Se dará pasaporte a los buques de guerra y mercantes españoles, para que puedan salir del Pacífico hasta los puertos de Europa.
- 14º Concedido; según el artículo anterior.
- 15º Todos los jefes y oficiales prisioneros en la batalla de este día, quedarán desde luego en libertad, y lo mismo los hechos en anteriores acciones por uno y otro ejército.
- 15º Concedido; y los heridos se auxiliarán por cuenta del erario del Perú hasta que, completamente restablecidos, dispongan de su persona.
- 16º Los generales, jefes y oficiales conservarán el uso de sus uniformes y espadas; y podrán tener consigo a su servicio los asistentes correspondientes a sus clases, y los criados que tuvieren.
- 16º Concedido; pero mientras duren en el territorio estarán sujetos a las leyes del país.
- 17º A los individuos del ejército, así que resolvieren sobre su futuro destino en virtud de este convenio, se les permitirá reunir sus familias e intereses y trasladarse al punto que elijan, facilitándoles pasaportes amplios para que sus personas no sean

embarazadas por ningún Estado independiente hasta llegar a su destino.

17º Conedido.

18º Toda duda que se ofreciere sobre alguno de los artículos del presente tratado, se interpretará a favor de los individuos del ejército español.

18º Concedido; esta estipulación reposará sobre la buena fe de los contratantes.

“Y estando concluidos y ratificados, como de hecho se aprueban y ratifican estos convenios, se formarán cuatro ejemplares, de los cuales quedarán en poder de cada una de las partes contratantes para los usos que convengan”.

“Dados, firmados de nuestras manos en el campo de Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824”.

“José Canterac. Antonio José de Sucre”.

Bibliografía

- (1) Basadre, Jorge. Historia de la República del Perú. Tomo I. Lima, 1964.
- (2) Benavides Benavides, José. Así fue Ayacucho. (Artículo en la Revista del Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú. N° 17). Lima, 1965-1966.
- (3) Castro, Antonio. Historia Militar. Campaña de Bolívar. Tomo I. Lima, 1919.
- (4) Cortegana, Juan Basilio. Historia del Perú. Lima, 1954.
- (5) Dellepiane, Carlos. Historia Militar del Perú. Tomo I. Lima, 1943.
- (6) Espinoza S., Waldemar. Bolívar en las Pampas de Junín. (Artículo en la revista Desarrollo, N° 7) Agosto, 1974.
- (7) García Camba, Andrés. Memorias. Tomo II. Madrid, 1919.
- (8) Lecuna, Vicente. Simón Bolívar. Obras Completas. (Cartas del Libertador). Volúmenes I y II. La Habana, 1950.
- (9) López, Manuel Antonio. Recuerdos Históricos de la Guerra de la Independencia. Madrid, 1919.

- (10) Ludwig, Emil. Bolívar. Obras Completas. Tomo IV. Barcelona, 1963.
- (11) Milla Batres, Carlos (editor). Documentos Inéditos Sobre la Campaña de la Independencia del Perú. Lima, 1971.
- (12) Miller, Guillermo. Memorias. Tomo II.
- (13) O'Leary, Daniel Florencio. Junín y Ayacucho. Madrid, 1919.
- (14) Palma, Ricardo. Tradiciones Peruanas. Tomos I, II, IV y V. Lima, 1951.
- (15) Paz Soldán, Mariano Felipe. Historia del Perú Independiente (Segundo Período). Tomo I. Lima 1870.
- (16) Rivera Serna, Raúl. Acción de los Guerrilleros Peruanos en la Campaña de 1824. (Artículo en la Revista del Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú. N° 17). Lima, 1965-1966.
- (17) Roel, Virgilio. Los Libertadores. Lima, 1971.
- (18) Salinas García, Telmo. Historia del Perú (Emancipación y República). Lima, 1973.
- (19) Torata, Conde de. Documentos para la Historia de la Guerra Separatista del Perú. Tomos I, III y IV. Madrid, 1894.
- (20) Valega, José Manuel. La Gesta Emancipadora del Perú. Tomo 6. Lima 1943.
- (21) Vargas, Nemesio. Historia del Perú Independiente. Tomo II. Lima, 1906.
- (22) Vargas Ugarte, Rubén. Historia General del Perú. Tomo VI. Lima, 1966.
- (23) Hechos Mundiales (Revista). La Gesta de Simón Bolívar. Santiago, 1970.

Esta obra fue impresa en los
talleres de Artes Gráficas
de Editorial Jurídica S. A.,
Prolg. Loreto 1736
Breña, Lima-Perú.

BIBLIOTECA NACIONAL
Oficina de Procesos Técnicos

112. JUL. 1976

985.04

P453

il

P(83013)



biblioteca
nacional
del Perú



0000324715

BNPCBN

